Mallorquí, José - EC090

FEDE



calibre 1.28.0

MUERTE, PUNTO DE DESTINO

Por José Mallorquí

CAPITULO PRIMERO

BUENOS NEGOCIOS

El *Texas, Arizona y California Railway* habíase convertido en un ferrocarril sumamente atareado. Sus líneas no daban abasto al tráfico desde que en las sierras de San Lorenzo habíase encontrado oro, atrayendo hacia aquellos lugares a miles de hombres, vagabundos de los campos auríferos de California, perseguidores de ilusiones nunca realizadas.

Para llegar a los campos mineros recién descubiertos, sólo existían dos caminos: el largo rodeo por el ferrocarril, que debía tomarse en Arizona o en Wilcox City (Tejas), o el más breve a través de las sierras de San Lorenzo.

En uno de los polvorientos vagones arrastrados por la jadeante locomotora, el viejo "Santa Fe", que había conocido todas las locuras del oro en América, explicaba a Lucas Root las ventajas del ferrocarril.

—A mí me fastidia viajar en estos vagones, encerrado entre maderas, expuesto a que un descarrilamiento me envíe al país de las cacerías eternas, señor Root. Prefiero mi burro que va despacio, pero llega siempre a su destino. Sin embargo, también quiero conservar mi pellejo y por eso me dije: "Santa Fe", escarmienta en cabeza ajena y no quieras exponer tu osamenta a la curiosidad de los buitres de Sierra Lorenzo.

Lucas Root asintió con la cabeza. Era un hombre todavía joven, alto, fuerte, de aspecto reservado. Sólo su musculatura le impedía parecerse a un profesor. Su musculatura y los dos revólveres que

llevaba ceñidos a la cintura, con las culatas hacia adelante, para ser desenfundados el derecho con la mano izquierda y el izquierdo con la derecha. Su nombre era conocido en todo el Oeste y Sudoeste, aunque se le llamaba más "Dutch" (Holandés) Luke.

—Habrá que limpiar esa sierra, "Santa Fe" —dijo.

—Ni lo sueñe, señor Root. Es un trabajo demasiado grande para un hombre solo, porque no confíe en encontrar comisarios dispuestos a jugarse la vida por dos dólares diarios. Ni por diez. Y en cuanto a usted, no se descuide, porque desde que mataron a Harley, ya han enterrado a dos *sheriffs* más. Usted hará el cuarto si no dice amén a cuanto disponga la Compañía.

Los dos hombres estaban instalados en un extremo del vagón, y el asiento frontero al suyo estaba ocupado solamente por montones de equipaje. Sus palabras, pronunciadas en voz baja, no llegaban a los demás viajeros, ocupados en jugar a los naipes, en beber o en vociferar, hasta el punto de que ahogaban con sus voces el traqueteo de las ruedas.

"Santa Fe" siguió:

—El que usted se presente como enviado especial del gobernador de California no mejorará mucho sus posibilidades de una vida corta en Farish. La Compañía no admite intromisiones ni espionajes.

—Si se pudieran probar sus tratos con los bandidos de Sierra Lorenzo...

—Nadie puede probar nada. El Paso del Agua, que es la única ruta cómoda entre Farish y Valle Lorenzo, ha sido ocupado por la gente de la Compañía, y no dejan pasar a nadie por allí, porque dicen que por ese cañón ha de cruzar el ferrocarril hasta el valle. O sea que a la gente sólo le queda o cruzar la sierra o dar un inmenso rodeo de casi treinta días para llegar a Farish por el lado de Arizona, cuando en un par de jornadas podría cruzar los montes y en un par de horas haría el mismo camino por el Paso del Agua. Pero a la Compañía le interesa mucho más que la gente use el ferrocarril. Los que intentan cruzar la sierra, mueren o desaparecen como si se los hubiera tragado el suelo. Ya nadie se atreve a usar los caminos que antes se podían utilizar.

—¿Y la gente no se subleva contra esa tiranía? —preguntó Root.

—La gente se acostumbra a todo. La Compañía monopoliza la vida de Farish. Todos los bares son suyos, ya que sólo ella puede traer

whisky y licores o cerveza. Si alguien quiere competir, tiene que traer los licores desde muy lejos, en el ferrocarril, pagando portes escandalosos, y, a la hora de vender al público se encuentra con que ha de cobrar casi el doble de lo que cobran los locales administrados por la Compañía. Y lo mismo sucede con los víveres y las telas. Todo lo que existe y se vende en Farish lo vende la Compañía. No priva a nadie que ponga su tienda y venda al precio que le dé la gana; pero ya ha procurado que ese precio, por culpa de los portes, sea escandalosamente alto. Y no es de esperar que los clientes se fastidien y paguen más caro en las tiendas libres lo que pueden encontrar más barato en las otras. Ya comprenden que deberían hacerlo para sacudirse el dogal a que están sujetos; pero no se puede exigir tanto a quienes se saben en poder de la Compañía. Ella puede cortar los suministros y negarse a trasladar el oro que se arranca de los yacimientos. En realidad, se puede decir que todos trabajan para ella, pues a la hora de hacer balance se verá que por cada cien dólares en oro que se han sacado de la tierra, noventa han ido, directamente, a los bolsillos de la Compañía.

—¿Y no intentan traer géneros de otras partes? En otros medios de transporte.

—Los caminos del llano y de la montaña están llenos de restos carbonizados de carros que se llenaron de mercancías para Farish. Se trata de una ciudad bloqueada, donde sólo entra lo que disponen los dirigentes del ferrocarril.

—¿No se ha averiguado nada del coronel Farish?

—No. Desapareció después de la voladura del monte en Agua Dulce. Dicen que era decente. Puede que lo fuera. Pero hay quien dice que su desaparición no es más que una añagaza para lavarse las manos de lo que está sucediendo. El otro coronel, o sea Wilcox, está atontado por su nieta, que se casará un día de éstos con Shane Bowee, otro de los jefazos de la Compañía.

—¿Y no tiene algún punto flaco la Compañía? Me dijeron que en Valle Lorenzo se le hacía resistencia.

—Al principio, sí. Pero después de la muerte de Tobías Salgado, los demás han decidido no defenderse. Además, el descubrimiento del oro ha cambiado el panorama. Cuando el ferrocarril llegó al pie de las sierras, sus cajas estaban vacías. Habían agotado los créditos bancarios, y nadie veía cómo iba a ser posible que prosiguieran las obras. Aunque tenían mucho dinero, ya sabe usted lo que traga un

ferrocarril. No se puede construir con centavos, hay que echar los dólares a millares. Cuando se produjo el derrumbamiento en Agua Dulce se pensó que la Compañía estaba hundida. Pero resultó al contrario. La voladura descubrió un inmenso caudal de oro que, situado en los terrenos cedidos por el Estado de California a los constructores, permitió rellenar las cajas. Entonces, en vez de pagar los terrenos de Valle Lorenzo con plomo, como pensaban hacer, los pagaron con oro. Ya nadie les resistió. Incluso un tal don César de Echagüe, que ya había vendido unos terrenos a la Compañía y luego los recobró por falta de pago o por extravío de la escritura de venta, los ha vuelto a vender por el doble de lo que le dieron o le ofrecieron la primera vez.

—¿Echagüe?—Root quedó pensativo. El nombre le era muy conocido—. ¿De Los Angeles? —preguntó innecesariamente, pues sabía que sólo existía una familia Echagüe.

—Sí. Del Rancho de San Antonio, junto a Los Angeles. Gente riquísima. Esos californianos antiguos tenían la costumbre de no dividir sus herencias y así ocurría que mediante casamientos de herederos con herederas, o sea hijas únicas, se iban juntando las haciendas y llegaban a formar verdaderos estados independientes. Ese don César tiene tierras en toda California, y hasta en Méjico es medio dueño de un rancho inmenso, CON pueblos, sierras, lagos y ríos enteros en sus límites

—El Rancho de Torres o del "Todo"—musitó Root—. Me gustaría hablar con ese don César.

—Hay cosas más difíciles. Precisamente viaja en el tren. En su propio vagón. Si quiere verle...

Root se levantó.

—Le veré. Supongo que debe de tratarse del va gón especial enganchado al final, ¿no?

—Sí. La Compañía se lo regaló como complementó del precio de venta de sus terrenos. Con él gastaron siempre muchas consideraciones, aunque estuvieron a punto de matarle en un accidente ocurrido en la estación de Farish.

—Gracias—dijo Root, levantándose—. No tardaré.

El alto holandés recorrió el pasillo central de vagón, salió a la plataforma, cruzó por el oscilante y metálico puentecillo al otro

vagón, y lo recorrió igualmente, pasando hasta llegar al penúltimo que era el llamado coche bar.

Era éste un vagón mucho más largo que los otros, y su lado izquierdo estaba ocupado por un mostrador que iba de extremo a extremo. Tres camareros servían cerveza y licores fuertes a una mesa de clientes que formaban una doble barrera al otro lado.

Algunos clientes bebían sus "refrescos" junto a las ventanillas, recostados contra las paredes mientras fumaban cigarros o pipas. Al pasar frente a dos de éstos, Root oyó que comentaban en voz baja:

—Es el sheriff de Dugan.

Root se volvió hacia ellos.

—¿Me conocen?—preguntó, mientras trataba de recordar a los viajeros.

—Le vi actuar en la calle mayor de Dugan, hace un par de años—explicó el más alto de los dos—Cuando mató a Tigre Larry. Lo hizo muy bien. ¡Ojalá tenga la misma suerte en Farish!

—¿Sabe a qué voy allí?—preguntó Root.

El hombre se encogió de hombros y sonrió irónico.

—No; pero lo imagino. ¿A qué puede ir "Dutch" Luke a una ciudad si no es a pacificarla?

—Puede ir a visitarla—replicó Root.

—Como quiera—contestó el otro—. No me gusta entrometerme en los asuntos de nadie. Si usted quiere que se diga que va en viaje de familia, lo diremos.

—Creo que es mejor que tanto usted como su amigo cierren la boca y se eviten los riesgos a que se exponen quienes hablan demasiado.

—Puede que sea usted el que está hablando de más, Luke—dijo el compañero del otro—. No nos gusta recibir órdenes de quien no tiene autoridad para darlas. Y si la tiene, es mejor que se la clave sobre el corazón, bien a la vista. Un sheriff sólo puede ser tomado por tal cuando luce su distintivo. Sin él es un simple particular, sin derecho a dar órdenes impertinentes.

—Me he limitado a dar un consejo—replicó Root—. Y nadie está

obligado a seguirlo.

El nuevo sheriff de Farish City volvió la espalda a los dos hombres y siguió hacia el último vagón.

CAPITULO II

UN ENVIADO PRESIDENCIAL

—¿Quién es?—preguntó Guadalupe al recibir don César el aviso de que Lucas Root deseaba verle.

—No sé. El nombre me es vagamente familiar Aunque me parece que...

—¿Qué?—preguntó Lupe, al advertir la vacilación de su esposo.

—Ya recuerdo—replicó éste—. Es "Dutch" Luke, que fue sheriff en Dugan, Kansas, y antes había sido guerrillero de la Unión por aquellos lugares.

—¿Para qué puede necesitarte?

—Pronto lo sabré. La mejor manera de averiguarlo consiste en preguntárselo. A ello voy.

Guadalupe quedó en la salita que constituía uno de los departamentos en que se dividía el lujoso vagón. Pero sólo quedó allí un momento. En cuanto oyó cerrarse la portezuela que daba al otro salón, el mayor del coche, levantóse y entrando en el departamento intermedio entre la salita donde se recibía a los visitantes o invitados, y la sala privada de, ella, abrió una pequeña mirilla y escuchó la conversación entre su marido y el antiguo sheriff de Dugan.

Este esperaba de pie y saludó seriamente a don César.

—Buenas tardes—dijo— Supongo que le sorprenderá mi visita.

—Confío en que no me sorprenda—respondió el californiano, invitando a Root a sentarse en uno de los divanes, haciéndolo él enfrente, en un sillón—¿Puedo servirle en algo?

Root no contestó en seguida. Reflexionó unos segundos, más que en

busca de ideas, deseando encontrar palabras con que expresarlas.

—¿Ha oído hablar de mí?—preguntó al fin,

—Su nombre me es familiar—replicó don César—. Pero creo, también, que usa otro que le dieron sus amigos o sus enemigos.

—Sí. Me llaman, también, "Dutch" Luke. Fui sheriff de Dugan...

—Y guerrillero contra Quantrell.

—Sí. He luchado en la guerra y en la paz. Y antes fui amigo del que había sido general Clarke.

—No lo entiendo—replicó, con bien fingida indiferencia don César, mientras un escalofrío corría por las venas de Guadalupe—. Si la memoria no me es infiel, el que fue general Clarke murió hace muchos años [1].

—Dudo mucho que la memoria pueda serle infiel, don César. Nuestras edades son parecidas y yo he recordado hoy algo que me contó Clarke en Arizona, después de su forzada fuga de Los Angeles.

— ¡Qué lejos parece todo! Creo que ocurrió hace unos veinte años.

—Exactamente veinte años. Yo había cumplido veinticinco.

—No representa tal edad—observó don César— Sin duda la vida al aire libre le ha sido beneficiosa.

—Creo que sí.

Don César calló, esperando que el otro siguiera hablando. Aunque en su interior se agitaban encontradas ideas, y más que vagos temores, su apariencia era de total tranquilidad.

Root decidió abordar al fin el motivo de su visita.

—No he venido a someterle a ningún "chantaje", señor Echagüe.

—¿Por qué iba usted a hacerlo?—preguntó el hacendado.

—Por nada. Me precio de ser honrado.

—Es una gran cualidad que todo hombre debe tener en mucho.

—A lo que he venido, en realidad, ha sido a solicitar su ayuda.

—¿En qué puedo prestársela?

—El general Clarke se entregó a la bebida durante su estancia en Arizona.

— ¡Grave defecto!

—Habló mucho y le mencionó a usted en diversas ocasiones.

—Nos profesábamos mutua antipatía.

—El me dijo que usted era el "Coyote".

—Hubo un tiempo en que eso mismo lo dijeron otras personas. Se ha demostrado que estaban equivocadas.

—Pero no lo estaban. Usted es el "Coyote".

—Aunque lo fuese le costaría mucho probarlo, señor Root.

—Tal vez no.

Don César hizo un gesto de resignación.

—Hágalo—dijo luego—. Me gustaría que lo consiguiera.

—Usted ha guardado bien su secreto; pero el general Grant, nuestro Presidente, lo conoce.

—¿Se lo ha dicho él?

—Sí.

—Es de mala educación llamar mentiroso a un hombre. Además, si ese hombre lleva dos revólveres, la mala educación se convierte en grave riesgo. No deseo correrlo.

—No he venido a amenazar. Al contrario, necesito su ayuda. Se lo dije antes.

—Si necesita la ayuda del "Coyote" equivocó usted la persona. Debe dirigirse a otro.

—No. Debo dirigirme a usted. Yo quiero imponer la paz en Farish City.

—Yo soy hombre de paz, o sea lo menos indicado para imponer la

paz. Debe dirigirse a un hombre belicoso. Ellos son los que imponen su paz. Los pacíficos sólo sabemos perderla.

—¿Insiste en que no es usted el "Coyote"?

—No es que insista en ello. Es que no soy el "Coyote"; pero si usted opina lo contrario... Creo que no podré convencerle.

—Le sería fácil convencerme de que es el "Coyote"; pero comprendo su necesidad de aparentar que no lo es. No es lógico que vaya anunciando por los periódicos quién es.

Don César ahogó un bostezo.

—Insiste demasiado, señor Root. Tengo la desgracia de tener mi hacienda en Los Angeles y de que allí actúe el "Coyote". No puedo enrollar mis tierras, como si fueran una alfombra, e ir a tenderlas en otro sitio más cómodo para mí.

—Creo que le he abordado mal, señor Echagüe. Debí haber iniciado la conversación de otra manera. Ahora desconfía de mí.

—De usted, no. Pero sí de su agudeza.

—Sin embargo, le he dicho la verdad. Usted sabe que no miento. Los dos conocemos la verdad, con la diferencia de que en tanto que usted finge ignorarla, yo le confieso francamente lo que sé. ¿Quiere que le exponga mis ideas acerca de lo que debería hacerse para imponer orden en Farish? Yo deseo acabar con el poder de la TACR.

—Es una pieza demasiado grande para usted, sheriff. Le aconsejo que la olvide.

—Es que yo no puedo hacer mucho, don César. Mis manos estarán atadas por la misma Ley que defiendo. La Ley es como una reja que nos encierra en sus limitaciones.

—A usted le gustaría que el "Coyote" le sacara las castañas del fuego, como vulgarmente se dice. Que le hiciera el trabajo sucio mientras usted conservaba limpias las manos. Es una excelente idea.

—¿Le convence?

—A mí sí. Pero no sé qué opinará el "Coyote". Debería intentar verle y preguntárselo.

Lucas Root se levantó cansadamente.

—Lamento que no lleguemos a un acuerdo. Sin embargo, si de nuestra conversación resulta algo práctico...

—Tendré mucho gusto en verle de nuevo. Esto será lo único práctico...

—He abordado el problema con excesiva ingenuidad, don César. No sé qué esperaba. Desde luego no podía creer que usted admitiese de buenas a primeras que era el "Coyote". Pero lo creí. He meditado mucho sobre los sucesos en esta nueva cuenca minera. No estamos como en los tiempos del descubrimiento del oro en California. Aquí hay una compañía ferroviaria que se vale de sus medios para explotar a los buscadores de oro. Es inútil quererla atacar legalmente. Todo lo que hace es legal. Sabemos que los dueños de las tiendas son gente de su confianza, que está a su servicio; pero no podemos probarlo de buenas a primeras. Necesitamos algo concreto, sin lo cual es inútil intentar nada legal. Yo no puedo entrar en una tienda de las que sé positivamente que pertenecen a la Compañía y destruir las mercancías allí almacenadas.

—Puede hacer proteger un envío de mercancías. Uno de esos que se quedan en la Sierra. Puede defender a los comerciantes independientes.

—Poniéndome a la defensiva no conseguiré nada. Ellos encontrarán tarde o temprano mi punto débil y me atacarán por él. Debo ser yo quien los ataque, sin darles tiempo a reaccionar. Debo obligarles a defenderse.

—¿Y no puede hacerlo porque representa a la Ley?

—Eso es.

—Pues deje de representarla. Dimita y haga lo que le gustaría que hiciese por usted el "Coyote".

—Me alegro de que haya llegado por usted mismo a esta idea. Me alegro de que diga usted lo que pensaba decir yo. Si dimito mi cargo y actúo como un particular harto de tantas injusticias, o sea si destruyo cargamentos consignados a la Compañía, si ataco a tiros a los asalariados, a los pistoleros comprados, si hago lo que no puedo hacer siendo sheriff, el que me sustituya en el cargo me tendrá que matar o detener.

—¿Y quiere que maten o detengan al "Coyote"?

—No, porque siendo yo el sheriff de Farish City, nadie detendría al "Coyote".

—No está mal. Una buena combinación. Si usted quiere puedo ver de hacer llegar sus informes a los oídos de ese misterioso "Coyote".

—Sigue usted sin dar su brazo a torcer—suspiró Root—. Haga lo que mejor le parezca. Pero al decirle que conocí a Clarke, no le engaño. Tampoco le miento al decir que me habló de usted. Me dijo quién era el "Coyote", y que pensaba volver a Los Angeles o a California, al menos, para vengarse del hombre que le había derribado de su alto cargo. Le odiaba mucho a usted. No hace mucho que estuve en Washington. Allí me encargaron de la tarea de poner paz en Farish, de acabar con el monopolio del TACR. Y el propio Presidente, que me conoce y sabe que puede confiarse en mi discreción, me dijo: "Es una empresa difícil, Luke. Porque no es lo mismo pelear contra enemigos declarados que contra esas Compañías poderosas comerciales, que no tienen nada de humano, que se portan con la gente como si nada les importase la vida ajena, ni sus sentimientos, ni sus necesidades. Son fábricas de acuñar dinero. Y para mover las máquinas que lo hacen, usan como combustible cualquier cosa, por noble y sagrada que sea. No tienen sentido de Religión ni de Patria. Les importa muy poco destruir hogar y familia. Lo único que no pueden hacer es vender su alma al demonio, porque ni tienen alma ni creen en el demonio. Se va a ver muy apurado, Luke. Y va a necesitar un auxiliar. Busque al "Coyote" Explíquele lo que sucede, si es que no lo sabe ya; ¡que sí lo sabe!, y pídale ayuda. El se la prestará. Y dígale que ha visto esto.

—¿Qué vio?—preguntó don César, con fingida indiferencia.

—Un indulto a favor de usted.

—¿De mí? ¡Caramba! ¿De qué pueden haberme indultado? Soy buen ciudadano, buen pagador de impuestos, no he tomado parte en ninguna sublevación... Desde que los norteamericanos se apoderaron de California, yo he sido su más fiel amigo.

—Entonces... no sé—Root se encogió de hombros—. Atando cabos saqué una conclusión. Tal vez está equivocada. Sin embargo, el indulto era para usted y está fechado en seis de diciembre de mil ochocientos setenta y seis. Anticipadamente, y por todos los delitos de cualquier clase que hubiera cometido usted abierta o encubiertamente, bajo su verdadera personalidad o bajo cualquier otra, y se dice que tan amplio y anticipado indulto se le concede a usted por los inmensos e importantísimos, aunque secretos, servicios prestados a la Nación y al

pueblo de los Estados Unidos

—Pues, no entiendo. ¿Y le dijo el Presidente Grant que yo era el "Coyote"?

—Fue como si lo dijese. El indulto indicaba mucho.

—Sin duda el Presidente cometió un error de apreciación o de identidad.

—En una ocasión le puso usted en contacto con el "Coyote", ¿no?

—No.

—¿No ha oído hablar de Analupe de Monreal?

—Creo que sí; pero soy discreto, señor Root, y creo que nuestra conversación ha durado excesivamente. Se está poniendo difícil y... peligrosa. Nunca me ha gustado la política. Es destructora en todos los sentidos. En lo físico y en lo moral. Ulises S. Grant habría dejado mejor recuerdo como jefe supremo del Ejército de la Unión, del que dejará como Presidente.

—Usted le dijo que no supo morir a tiempo.

—Sí, creo que se lo dije hace tiempo.

—Ya ve que el Presidente tiene confianza en mí.

—En primer lugar porque nada tengo que decir, señor Root; pero si tuviese algo que decir y no me interesara que se supiese, no imitaría al general Grant como político. Le aprecio porque me da la impresión de un niño colocado en un puesto demasiado alto. Colocado contra su voluntad, desde luego. No ha podido evitarlo. No ha sabido quedarse abajo. Pero en el futuro, cuando se quiera imitar o tomar ejemplo de Ulises S. Grant, solamente los militares estudiarán sus actos. Lo políticos leerán otras vidas.

—¿Cree que he fracasado?

—Creo que habla excesivamente.

Bajando la voz Root murmuró:

—Temo que mi carrera dure poco y, sabiendo que mis ideas eran buenas, pensé que me convenía divulgarlas... antes de que suceda algo. —Levantando la voz, Root se despidió: —Adiós, señor de

Echagüe. He tenido mucho gusto en conocerle, tanto si es usted el "Coyote", como si sólo es lo que aparenta.

—Gracias. Que tenga suerte. La va a necesitar.

CAPITULO III

MUERTE: PUNTO DE DESTINO

Salió Root del vagón especial y don César quedóse en el diván, preocupado, pensativo, repasando las nada gratas noticias que le había traído el nuevo sheriff de Farish. Ni se dio cuenta de la entrada de Guadalupe.

—César... quiero hablar contigo.

— ¡Ah! ¿Estás aquí?—preguntó don César, esforzándose en sonreír.

—Sí. Quiero hablar contigo.

—Siéntate—pidió el hacendado—. No te conviene estar derecha.

Obedeció Guadalupe y tras un esfuerzo consiguió romper la barrera que obstruía su garganta.

—Estuve oyendo lo que decía tu visitante. ¿Es muy grave?

—No. Creo que intentó sonsacarme. Se portó tontamente. No podía esperar que yo admitiese que soy el... "Coyote".

—Sin embargo, dio detalles que demuestran que sabe la verdad.

—Saber una verdad es una cosa. Probarla, es otra. Además, no creo esta fantasía del indulto a mi nombre...

—Existió un indulto del "Coyote".

—No servía de nada, porque cualquiera puede ser el "Coyote". El "Coyote" sólo es un antifaz, que cualquiera puede ponerse o quitarse.

—Pero ahora el indulto es más concreto. Se refiere a ti.

—Puede ser una fantasía de Lucas Root. También los holandeses

tienen imaginación.

—En este caso dice la verdad.

—¿Tú qué sabes?—rió don César.

—Lo sé porque yo, personalmente, le pedí el indulto al Presidente.

—¿Eh? ¿Estás loca? ¿Cuándo has pedido tú eso?

—Cuando te dije que iba a San Francisco a comprar telas y cositas para nuestro próximo hijo. No quiero seguir sufriendo y por ello pedí una garantía contra mi incertidumbre. No es agradable vivir pensando que el padre de mis hijos puede morir en cualquier momento, acribillado a tiros, como un maleante.

—Si hiciste eso cometiste una imprudencia, Guadalupe—dijo, secamente, don César.

Era la primera vez que Guadalupe oía aquel tono de voz en palabras dirigidas a ella. Lo había oído otras veces y siempre pensó que nunca su marido le hablaría a ella con tanta dureza, con tanto rencor.

—Quise defender mi paz espiritual.

—Cuéntame qué hiciste—ordenó el hacendado.

—Quise ayudarte.

—Dime cuántas tonterías cometiste para ayudarme y luego yo te diré cómo me has ayudado.

—No me hables así, por favor. Cuando supe que íbamos a tener otro hijo sentí alegría y miedo... Alegría porque se trata de algo tuyo; pero al mismo tiempo sentí miedo, porque, ¿de qué me servirían nuestros hijos si tú me faltabas?

—Podrían servirte de recuerdo. Hay quien guarda mechones de cabellos. Un par de hijos deben recordar mejor al muerto. Pero sigue explicándome qué hiciste.

—¿Por qué te alejas de mí, César?—preguntó Lupe—. Entre nosotros siempre se ha interpuesto una barrera. Es como si tú tampoco me perdonaras el que antes de ser tu mujer fuera tu criada.

—Estás diciendo tonterías, Lupe. Eres más noble y más rica que yo. Te sobran dineros y títulos dé nobleza [2].

—No hables así. ¡Por favor! No quiero sentirme sola, como tantas veces.

Don César se volvió hacia ella y, cogiéndola de los hombros, preguntó, tratando de dulcificar su voz:

—Pero, ¿qué idea te dio de ir a Washington y pedir semejante locura?

—No lo sé—Lupe inclinó la cabeza. Las palabras fueron saliendo poco a poco de sus labios—. Desde que me di cuenta de que iba a tener otro hijo me asaltó la convicción o el temor de que tú no lo verías nacer. Puede que se te antoje una locura o una tontería; pero a mí me hizo sufrir mucho. Es un miedo que se introduce en mi corazón sinuosamente, venciendo las murallas de optimismo que le opongo. De noche, cuando me despierta un ruido en el cuarto de Leonorín y voy a ver qué ocurre, al volver ya no puedo dormirme. Pienso que te voy a perder. Te toco y temo hallarte frío, inmóvil, rígido, muerto de una herida que me quisiste ocultar. Y si no temiera despertarte, buscaría en tu cuerpo la huella de sangre, la cicatriz mal cerrada, la marca del plomo o del acero. ¡Y si supieras cuánto sufro!

—Aun así, ¿por qué descubrir mi identidad al Presidente?

—Pedí audiencia y me la concedieron al otro día. El Presidente fue muy amable. Casi no le dije nada. El ya sabía la verdad... o la sospechaba.

—Pero, tú, ¿qué le dijiste? Porque él debió de comprender tus deseos. Y al firmar el indulto no lo hizo a favor de cualquiera, sino a mi nombre.

—Sólo le dije que necesitaba el indulto de un hombre que había expuesto su vida por una patria que no era la suya. Le dije que no me atrevía a pronunciar su nombre, pero que él mismo debía agradecimiento a ese hombre.

—¿Qué más?

—Me dijo que tenía aspecto de estar enferma. Y me preguntó si era una enfermedad alegre o triste. Le contesté que era alegre; pero que me daba miedo el porvenir. Me miró con sus claros y tristes ojos y preguntó cómo podía temerle al porvenir una mujer rica por herencia y, además, casada con un hombre también rico, poderoso y temido. Esta palabra la recalcó, para que yo no dejara de fijarme en ella. Luego preguntó si me gustaría un indulto a nombre de mi marido, por

todo lo malo o bueno que hubiera hecho bajo su nombre o bajo otro cualquiera.

—Y tú dijiste que sí, ¿no?

—Claro...

Don César cerró los puños, frenético.

— ¡Magnífico! Te ofrecen el anzuelo con un minúsculo gusano y tú muerdes como si nunca hubieses oído hablar de encerronas, añagazas, trampas y lazos.

—¿Desconfías del Presidente?

—Para ti yo soy un hombre importante. Para mí también lo soy. Y lo sigo siendo para mis hijos y para quienes trabajan en mis tierras o precisan de un préstamo o de un crédito. Yo era importante para Tobías Salgado que necesitaba mi permiso para ocupar un trozo de tierra de Valle Lorenzo. Pero si subimos hasta las cumbres del poder, si llegamos a la Casa Blanca y preguntamos al Presidente de los Estados Unidos, si yo soy importante, el general Grant se echará a reír y dirá que soy mucho menos importante que el señor Greeley, jefe de su camarilla política. Que valgo infinitamente menos que uno cualquiera de los muchos jefecillos políticos que el día de las elecciones falsificarán un acta o las que sean necesarias, hará votar a gentes que llevan cien años enterradas, y rapresentará a "la opinión pública" de cualquier Estado.

—Tú le has prestado favores...

—Dudo que recuerde ni uno mientras no vuelva a necesitarme.

—Ahora te necesita.

—No. Lo de ahora carece de importancia para él. Odia a los constructores de ferrocarriles y odia a los buscadores de oro. Si unos y otros se destruyen entre sí, mejor. No será él quien se moleste en oponerse. Y si yo quiero intervenir y dejar mi piel y mi cabeza en el juego, mejor. Un estorbo menos.

— ¡Eres injusto con el Presidente!

Don César se paseó por la salita, rodeado de las vibraciones de los cristales y del traqueteo de las ruedas.

—Yo sé que él desea ayudarte—siguió Lupe

—Si para consolidar un poco su vacilante poder le pidieran mi cabeza, vacilaría mucho menos de lo que vaciló Herodes en conceder la cabeza de San Juan. No seas ingenua.

—Pero él estaba enterado de todo—dijo Lupe— Conocía tu doble personalidad.

—La sospechaba; pero ahora, después de tu visita, después de reconocer tú lo que él te preguntó indirectamente, Grant está perfectamente enterado de quién es el "Coyote". Y si en cualquier fiesta en la Casa Blanca, una dama o una joven habla de las actividades del servicio secreto que él organizó y pregunta si es realmente eficaz, estoy seguro de que el Presidente asentirá con bonachona sonrisa. Luego, si la preguntona es de California y se le ocurre poner a prueba la veracidad de las afirmaciones del Presidente, preguntando si sabe quién es el "Coyote", el hombre contestará la verdad sin importarle las consecuencias que para mí pueda tener.

—¡No me es simpático el general, pero no creo que haga eso!—dijo el joven César, que acababa de entrar en el saloncito—. He escuchado vuestra conversación. Hablabais a gritos...

—Pronto hablará todo el mundo a gritos—respondió don César—. Y en cuanto a lo de que el general no hará eso...—el hacendado soltó una burlona risa—. ¿Por qué no?—preguntó.

—Eres amigo suyo...

—¿Y no eran amigos suyos los soldados, oficiales y hasta jefes a quienes envió a estrellarse contra los muros de tantas plazas sudistas? ¿Vaciló en enviarlos a la muerte?

—Es distinto. Entonces estaban en la guerra.

—Siempre estamos en guerra. El hombre nunca conoce la paz. Si la gente llegara a saber lo que es la verdadera paz, no volvería a haber nunca más guerra. Paz sería el reposo absoluto de los odios y de las ambiciones, la realización de todos los ideales cristianos. Si se consiguiera eso, ¿quién iba a desear la guerra? Es mil veces peor la desintegración gradual del espíritu en la vida que se llama normal a la muerte fulminante en el campo de batalla. Es la guerra de la paz la que destruye las almas. En la otra guerra sólo se destruyen cuerpos, y es más fácil hacerse con cien amigos sinceros, dispuestos a dar su vida por uno mismo, en plena lucha, en plena guerra, que ganar veinte

amigos en la paz, veinte amigos dispuestos a exponer sus ahorros o sus comodidades. Estamos en guerra siempre, y para el general Grant, la de ahora es peor que la otra. Y si en la otra no dudó nunca a la hora de sacrificar soldados, menos vacilará ahora en sacrificar a quien, al fin y al cabo, es enemigo de los yanquis, aunque a veces los haya protegido.

—Muchas veces has dicho que es inútil querer cambiar lo que ya ha ocurrido—dijo César de Echagüe y Acevedo—. Lupe sólo quiso ayudarte. Las buenas intenciones cuentan más que los hechos a que dan lugar.

—Hijo mío, te agradeceré que te retires y dejes que este asunto lo resolvamos mi mujer y yo. Lo haremos mejor solos.

Guadalupe se levantó.

—No te marches, César—pidió al joven—. Es mejor que presencies la discusión en todas sus facetas. Así aprenderás algo de la vida. Además quiero que oigas lo que tengo que decir. Es verdad que fui a Washington y hablé con el Presidente. Que le pedí un indulto para tu padre, que es mi marido y también el padre de mis hijos. Se lo pedí, y lo obtuve porque el general Grant se dio cuenta de mi razón. Comprendió la tragedia de mi vida, de mi soledad en medio de mil temores siempre pendientes sobre mi cabeza.

—Exageras—interrumpió don César—. Estoy bien preparado para mis aventuras y para los riesgos a que me expongo. Sé manejar el revólver mejor que mis enemigos. Los supero en todo. No pueden vencerme.

—Cuando empezaste a correr riesgos tenías mi misma edad, papá—dijo el joven—. ¿Por qué no dejas que te sustituya? ¿Por qué no me traspasas tu antifaz, tus revólveres y tu personalidad? Sé disparar tan bien como tú…

—No pidas eso—rió amargamente Lupe—. No lo aceptará. No podría vivir atormentado por el miedo a que en vez de volver por tu propio pie, regresaras bajo una manta, con el pecho lleno de plomo y la cara manchada de salpicaduras de tu propia sangre. No podría vivir en paz sabiéndote expuesto a mil peligros. Ya lo hizo una vez y le faltó tiempo para buscarte protectores. No pudo alejarse de ti y te siguió a todas partes, hasta que te hizo volver a casa. Y luego, cuando has querido independizarte, se ha interpuesto en tus proyectos y te ha obligado a seguir siendo un señorito, un niño mimado por la fortuna.

Pero esto es lógico. En él todos los actos son justos. Todo tiene una explicación natural. Es en mí en quien las cosas más naturales le parecen estupideces. El temor y la angustia de una mujer le parecen manifestaciones histéricas de un ser inferior. En cambio, sus temores y preocupaciones, porque son de él, le resultan comprensibles, explicables y lógicos. Y además se siente orgulloso de sus defectos.—Volvióse hacia su marido—: Demuestra lo contrario —dijo—. Da permiso a tu hijo para que siga tus pasos, para que obre como tú has obrado, sin consultar a tu padre ni a nadie.

Don César empezó a sentirse en terreno difícil.

—Desorbitas las cosas más sencillas, Guadalupe. Cuando te casaste conmigo ya sabías quién era y cómo era. Si la vida a mi lado se te antojaba tan difícil y desagradable, ¿por qué no anulaste el matrimonio?

Arrastrada por la riada de su propia angustia, Guadalupe dijo lo que no deseaba decir:

—¡Ojalá lo hubiera hecho!

Al instante, pero ya demasiado tarde, se dio cuenta de su error. Padre e hijo la miraron como si acabase de pronunciar una blasfemia.

—¡Lupe!—exclamó el hijo. Y su voz dijo infinitamente más de lo que pronunciaron sus labios.

—La Ley te concede el derecho de recobrar tu libertad—dijo, fríamente, don César.

Padre e hijo estaban frente a ella. Unidos en esa hermandad que permite a los hombres ser amigos y en cambio impide que puedan serlo un hombre y una mujer. Para un hombre, los defectos o culpas de otro hombre sólo son de un hombre solo y determinado, personales. En cambio, los defectos de una mujer son de todas las mujeres. La breve ayuda que el joven César había prestado a su madrastra, terminaba cuando ésta ofendía a su padre.

—Si crees que nuestra separación es conveniente la pediré aunque repugne a mis ideas religiosas —murmuró Lupe.

Don César no contestó en seguida. Notaba fija en él la mirada de su hijo. Y hasta le pareció escuchar su voz, pidiéndole que no cediese, que demostrara su voluntad y su fuerza. Guadalupe también esperó el resultado de su amenaza.

—Tú eres la ofendida, Guadalupe—replicó al fin don César—. La Ley siempre protege a la mujer cuando se trata de una separación. Pídela y te la concederán.

Padre e hijo esperaban una explosión de llanto, una demostración de debilidad. Y sus rostros lo expresaron tan claramente, que Lupe, en vez de recordar que su fuerza estaba en su endeblez, prestó oído al orgullo e irguiendo la cabeza respondió con una nueva amenaza:

—Perfectamente. La Ley apoyará mis razones. No volveré a ser un obstáculo en vuestras vidas. Sois Echagües. Los dos. Mis hijos son Torres. Tengo adonde ir y no necesito ayudas ni amparos Quedaos con vuestro orgullo.

—Sólo hay orgullo en ti—dijo César de Echagüe y de Acevedo.

—Y no tengo derecho a tenerlo, ¿verdad? Se tolera la tiranía de los fuertes; pero no se perdona la rebelión de los débiles, a quienes sólo se permite vivir a condición de que digan a todo que sí. Pues yo digo ¡No! Y nunca más me humillaré.

Alguien tenía que ceder; pero nadie cedió, y Guadalupe, cuando ya el tren penetraba en la estación de Farish, cruzó entre padre e hijo y dirigióse a su departamento.

—Pronto se le pasará—declaró el joven— Está nerviosa.

—Desde luego—asintió su padre, que tampoco creía en la firmeza del carácter de Guadalupe—. Las mujeres siempre tratan de imponernos su mediocridad. —Mamá no era así, ¿verdad?

—¿Tu madre?—Inclinando la cabeza y moviéndola negativamente, don César respondió al cabo de unos segundos—: No. Ella era más enérgica. Tal vez porque su madre lo era y la crió en un ambiente distinto. Lupe se educó de otra manera. Si lo que supo hace unos años lo hubiera sabido cuando era una niña, quizá hubiera sido como Leonor.

—No se marchará, ¿verdad?

—No. ¡Y Dios quiera que no nos equivoquemos!

—No pensarás humillarte. Al fin y al cabo tú tienes razón. Ella hizo mal acudiendo a ver al Presidente Grant. Nos ha puesto en una situación apurada. ¿Qué harás?

—No lo sé. Me preocupa lo que "Dutch" Luke sabe de nosotros. Creo que no dirá nada.

En este momento sonaron varios disparos de revólver y el andén se llenó de gritos y de carreras. César y su padre corrieron a la plataforma del vagón y, asomándose, vieron un grupo de hombres frente a uno de los primeros vagones. Algunos señalaban hacia la salida de la estación.

—Veamos qué ha pasado—dijo don César, presintiendo lo ocurrido.

Dirigiéndose al vagón y antes de subir ya supieron que dos hombres habían sido asesinados a tiros.

—¿Quiénes eran?—preguntó don César.

—"Santa Fe" y el nuevo sheriff—contestó un minero—. No le dieron tiempo de ocupar su cargo. El viejo buscador de oro y "Dutch" Luke fueron bajados en brazos y tendidos en el sucio suelo. Ambos habían recibido plomo suficiente para cortar sus vidas. Varias de las balas les habían alcanzado en el cuello y en el rostro; pero sin desfigurarles.

—Dos hombres llegaron ante ellos y, sin darles tiempo a nada les acribillaron a balazos—explicaba uno de los viajeros del mismo vagón —. Fue un asesinato a sangre fría.

—¿Quiénes eran los asesinos?—preguntó otro.

—No sé. Uno era alto y otro era bajo; pero cualquiera sabe quiénes eran. Yo sólo los vi de espaldas.

Don César y su hijo regresaron a su vagón. Por el camino el joven comentó:

—Lucas Root ya no dirá nada de ti.

—Pero yo diré algo acerca de él.

Subieron al coche especial. Pedro Bienvenido les recibió sin hacer ninguna pregunta.

—¿Está arreglada la señora?—preguntó don César.

—¡Uhú!—asintió el indio.

—Dile que la esperamos.

—¡Uhú!—replicó el indio, moviendo negativamente la cabeza.

—¿Qué quieres decir?—preguntó don César, a quien a veces ponía frenético el hermetismo de su

criado.

—¡Uh! Se marchó. Tenía prisa.

—Nos aguardará en el hotel—dijo César.

—Puede que sí—admitió su padre, no muy seguro.

Pero cuando llegaron al hotel, Guadalupe no estaba allí.

CAPITULO IV

EL NUEVO "SHERIFF"

Nuevamente estaba reunido el Consejo directivo del TACR. Shane Bowee, rebosando satisfacción y orgullo, se había levantado y paseaba su mirada a lo largo de la mesa de Juntas. A su derecha estaba el viejo Wilcox, empequeñecido, atontado, sonriendo por nada.

Más allá estaban Maxon, Klippel y Bassinger. A su izquierda tenía a Eric MacGraw. Entre éste y Bassinger se sentó en aquel momento un hombre alto, delgadísimo, de aspecto distinguido, manos afiladas y expresión impertinente.

—Buenas tardes, Latour—saludó Shane al recién llegado—, ¿Conoce ya la desagradable noticia?

—Sí—replicó el francés, en cuyas tarjetas y bajo una estilizada corona se leía: Maurice Latour de Vignolet—. La ciudad continúa sin sheriff. Ya empieza a picar en historia.

—La Compañía tiene que intervenir—dijo Shane—. Convocaremos una reunión de ciudadanos y elegiremos sheriff entre los valientes que se presten a ello.

—¿Sólo para esto nos ha hecho venir?—preguntó Maxon, secándose el sudor que abrillantaba su calva.

—Es de gran importancia para nosotros—replicó Bowee—; pero no es lo único importante que tenía que decirles. ¿Conocen el estado económico de la Compañía?

—Sabemos que es excelente—replicó Klippel.

—Nuestras acciones se cotizan en alza en todos los mercados de valores—dijo Bowee—. Hay más demanda que oferta. A la TACR la llaman la Ruta del Oro.

—Pero en el Congreso se han levantado voces censurando nuestros sistemas de monopolio—observó Christie.

—Mientras no nos asociemos con otra Compañía ferroviaria para llegar a un acuerdo en tarifas o en horarios, nadie podrá acusarnos de violar las leyes antimonopólicas—replicó Bowee—. Y ya nos cuidaremos de no dar un paso en falso.

—¿No se sabe nada de Farish?—preguntó Bassinger.

—Se le da por muerto, aunque no ha aparecido su cadáver. Por cierto que la señorita Farish ha anunciado su intención de asistir a esta reunión. Le dije que viniera a las cinco, a fin de que nosotros tuviéramos tiempo de discutir su oferta.

Las miradas de todos se fijaron en Bowee, quien sacando un papel lo desdobló, dejándolo sobre la mesa, ante él. Luego, sin mirarlo, dijo:

—La señorita Farish ofrece vendernos todas sus acciones, las de su padre y las de su hermano.

—¿A nosotros?—preguntó Klippel—. ¿Por qué no las vende en la Bolsa?

—Al fundarse la Sociedad, el coronel Farish, que en paz descanse, y mi futuro padre político, el coronel Wilcox, acordaron que en caso de que cualquiera de los dos quisiese deshacerse de sus acciones, antes de ponerlas a la venta las ofrecería al otro o a los restantes miembros del Consejo. La señorita Farish dice que su padre y su hermano la autorizaron notarialmente para poder, en ausencia de ellos, vender las acciones que ellos poseen. Las de ella las puede vender sin ninguna autorización.

—Esta noticia es importantísima—dijo MacGraw.

—Al valor actual de las acciones, según la última cotización de San

Francisco, esas acciones valen doce millones de dólares, por lo menos.

— ¡Qué barbaridad!—exclamaron a coro los otros.

—Su valor nominal sólo son dos millones—sonrió Bowee—. Y a ese precio tiene que venderlas.

—¡No puede ser!—exclamó MacGraw.

—Así lo disponen los estatutos de la Compañía. Yo he pensado que mi futuro suegro adquiera la mitad de esas acciones y que no lleve más allá sus derechos, dejándoles a ustedes la otra mitad, a repartir en partes iguales. ¿Les interesa?

A todos les interesaba y la aceptación fue unánime, sólo Maxon preguntó con su ratonil vocecilla:

—¿Entra usted también en el reparto, Bowee?

—No. Como dentro de unos días formaré parte de la familia, no quiero abusar de mis ventajas. Tengo suficiente con las que voy a conseguir.

—La parte del león—comentó el francés.

MacGraw refunfuñó, sin mirar a su vecino:

—No veo qué necesidad había de admitir entre nosotros a este francés. Puesto que no ha sido necesario para lo que se quería... ¿A qué darle voz y voto?

—Poseo diez acciones preferentes de la Compañía y me autorizan a sentarme en esta mesa como consejero, mi amigo—replicó Latour..

—¿Consejero de qué?—preguntó MacGraw.

—De buena educación, caballero—contestó el francés.

Sin que MacGraw la advirtiera; pero no sin que la observaran los demás, Bowee dirigió una significativa sonrisa a Latour, al mismo tiempo que movía afirmativamente la cabeza.

—No se enfaden—pidió Bowee—. Usted, amigo Latour, ha ofendido a nuestro amigo el señor MacGraw.

—Esa ha sido mi intención ante su impertinente comentario—replicó Latour—. Creí que a los simples ingenieros les retendrían en

los andenes en vez de admitirlos en la sala del Consejo.

—¡Cuidado con lo que dice, franchute!—gritó MacGraw.

El francés se puso en pie de un salto y con ridículo falsete chilló:

—¡Insolente!

Era tan cómico su aspecto que MacGraw olvidó lo que sabía acerca de aquel hombre y, sin meditar el alcance de sus actos descargó su puño contra la mandíbula del extranjero.

Este saltó hacia atrás evitando la mayor intensidad del puñetazo; mas a pesar de ello el puño de MacGraw le abrió una pequeña herida en el labio, haciéndole sangrar por la comisura de los labios.

—¿Estás loco?—gritó Bowee, agarrando a MacGraw—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—¡Me crispaba los nervios! ¡No pude más!

—Necesita usted un calmante para esos nervios, señor—dijo Latour —. Confío en podérselo proporcionar envuelto en una buena capa de plomo.

MacGraw palideció.

—¿Eh? No querrá... no dirá...

—Le has abofeteado y tiene derecho a exigirte una reparación—dijo Bowee.

—Me batiré con usted a pistola mañana al amanecer, junto al cementerio, señor—dijo Latour—. Si estuviéramos en Europa le enviaría mis padrinos para que ellos decidieran, con los de usted, las condiciones del duelo; pero como estamos aquí, será mejor que las acordemos usted y yo. ¿Qué prefiere? ¿Pistola de un tiro? Tengo buenas pistolas de duelo. Pero si le gusta más el revólver podemos concertar el duelo así. Lleve usted su revólver y yo el mío. Distancia treinta metros. A la voz de "tres" empezaremos a disparar hasta agotar la carga de cinco o seis tiros.

MacGraw se volvió hacia Bowee.

—¡Convéncele!—pidió—. Dile que no quise ofenderle...

—No moleste a su amigo—dijo Latour—. Mi honor quedaría

manchado si yo pasara por alto su incalificable grosería, caballero.

—Todo se arreglará—dijo Bowee, como si de veras lo desease—. Treinta metros son muy pocos, señor Latour. Elevaremos la distancia a sesenta, ¿no?

—Usted busca proteger a su amigo, señor Bowee. A sesenta metros no puedo clavarle su insulto en el corazón. Usted quiere que hagamos ruido y nada más.

—Yo sé lo que deseo, señor Latour—replicó Bowee, fingiendo dureza y decisión—. No quiero perder a dos buenos amigos. Me nombro padrino del señor MacGraw y... el duelo se celebrará a sesenta metros y cargando los revólveres con dos balas, nada más. Dos tiros cada uno es suficiente.

—¡Pero yo no puedo hacer milagros con un revólver!—chilló el francés—. Para eso sería necesario un rifle.

—Usted ha dicho revólver. Tiene derecho a escoger las armas, puesto que ha sido el ofendido; pero mi amigo tiene derecho a elegir las distancias.

—¡No tiene derecho a eso!—gritó el francés, que parecía a punto de estallar por todos los poros de su cuerpo—. ¡Está bien! Mañana a las cinco de la mañana esperaré en el cementerio. ¡Uno de los dos quedará allí!

Dando media vuelta, el indignado francés salió de la sala de Juntas, dando casi de bruces contra Agatha Farish, que entraba acompañada de don César.

—¿Qué sucede?—preguntó el californiano.

—Buenas tardes, señor Echagüe—saludó Bowee, después de haber besado la mano de Agatha, que vestía de negro—. Nada importante. Una simple discusión que ha terminado en un duelo concertado para mañana al amanecer entre el señor Latour y el señor MacGraw.

—¡Pobre, señor MacGraw!—suspiró don César, como si hiciera referencia a un difunto.

—¿Qué quiere decir con eso de "¡Pobre señor MacGraw!"?—gritó el escocés.

—¡Ha sido una simple exclamación brotada de mi pecho!— explicó

don César—. Igualmente hubiera podido decir: "¡Pobre señor Latour!"

—Pero no lo dijo—observó Klippel.

—El señor Latour tiene fama de ser buen tirador, claro que a lo mejor el duelo es a espada... Por más que también maneja bien la espada.

—Es un duelo moral más que material—dijo Bowee—. Se colocarán a sesenta metros, y, a tal distancia no sé de nadie que haya dado jamás en el blanco.

—El señor MacGraw no lo hará; pero el señor Latour es un diablo en cuestiones de matar a gente sin salir de la legalidad. Creo que en nueva Orleáns tenía establecido un negocio de duelos.

—Lo que el señor Latour hiciese antes de venir aquí no tiene importancia—dijo Bowee, nerviosamente—. Ha cambiado de vida. ¿Acompaña usted a la señorita Farish, don César?

—Sí. Ella me lo pidió.

—Hace un rato vi a su esposa dirigiéndose al valle—dijo Bowee—. Creí que iba usted con ella.

—Estoy seguro de que ya no lo cree—contestó don César—. Pues, como decía, el señor Latour tenía en Nueva Orleáns el más curioso de los negocios. ¿Puedo sentarme?

Sin esperar el permiso se acomodó en la silla que había dejado vacante Latour y continuó:

—Es asombrosa la cantidad de gente que desea la eliminación violenta de algún semejante suyo. Si no fuese por la horca, la cárcel o, simplemente, la multa, creo que no se haría otra cosa que matar seres humanos. Pero la Ley siempre se entromete. Siempre exige reparaciones, hasta por matar al más inmundo de los seres humanos. Latour lo observó a tiempo y en Nueva Orleáns se dedicó a dejarse ofender por las personas que molestaban a otras personas. Al día siguiente mataba a la persona molesta y cobraba unos cientos de dólares por el riesgo a que se había expuesto. Al fin despertó sospechas y tuvo que poner tierra de por medio.

MacGraw temblaba violentamente.

—Empiezo a creer que alguien ha pagado a ese tipo para que me

mate—dijo.

—Tú le has ofendido—recordó Bowee.

—Pero a ti te conviene que me mate—replicó MacGraw.

—No te consideres tan importante—dijo Bowee—. A mí nadie me ha molestado tanto como para impulsarme al homicidio. Si no quieres batirte no lo hagas.

— ¡No lo haré!—gritó MacGraw—. Y ahora mismo le voy a escribir una nota a ese franchute enviándole al diablo y diciéndole que no me batiré.

—Haz lo que quieras—contestó Shane.

Dirigiéndose a Agatha, continuó, con otro tono:

—Discúlpenos, señorita, por el desagradable incidente que las circunstancias le han hecho presenciar. Hemos recibido su oferta y estamos dispuestos a aceptarla. Desde este momento tiene usted dos millones de dólares.

Abriendo el bolso de terciopelo, Agatha sacó un rollo de documentos. —Aquí están los poderes notariales, los resguardos de las acciones y el recibo del depósito de las mismas en el Banco. Vean si todo está en orden.

—Creo que vende usted muy barato, señorita —dijo don César.

—No quiero lucrarme con la sangre de mi padre ni con el producto de tantas explotaciones. Mi padre, mi hermano y yo invertimos un millón setecientos mil dólares en el ferrocarril. Trescientos mil dólares en concepto de intereses me parece suficiente.

—Afortunadamente para nosotros, todo el mundo no tiene su agudeza comercial, don César —dijo Bowee. —No estropee una buena acción.

—Unas buenas acciones —corrigió don César

—Que a usted no le interesan —observó Christie—. Sé que no ha adquirido ni una sola del TACR.

—Están demasiado altas. Las hubiera comprado antes si no hubiesen estado demasiado bajas. Calculé mal. Lo lamento. Pero las acciones de ferrocarriles hay que comprarlas cuando están a buen

precio. Pagarlas a cinco veces su valor me parece una locura.

—Le extenderé un par de cheques —dijo Bowee a Agatha.

Sacó dos talonarios y llenó un talón de uno, pasándolo a Wilcox para que lo firmase. El coronel había dejado de sonreír estúpidamente cuando entró Agatha. En silencio firmó el talón y desvió la vista de los ojos de la joven. Entre tanto, Bowee llenó otro talón del otro talonario y después de firmarlo lo pasó a Maxon para que agregase su firma a la suya.

—El recibo está entre los documentos que le he entregado —dijo Agatha.

—Perfectamente. Pocas veces se ha realizado una operación más rápida y más importante. ¿Piensa quedarse en Farish, señorita?

—No. Mañana por la mañana regreso al Este.

—¿Sabe algo de su hermano? —preguntó Bassinger.

—Sí. Me espera en el Este.

—Pero... —Bowee se mordió la lengua— Creí que ignoraba su paradero —dijo.

—Ya lo he averiguado. Buenas tardes, señores.

Se detuvo mirando a los principales accionistas de la Compañía, luego, tristemente, musitó:

—Mi padre tenía otras ambiciones para su ferrocarril. Nunca lo hubiese querido ver convertido en esto.

Sin esperar respuesta salió de la sala de Juntas. Don César se levantó cansadamente.

—Me marcho —dijo—. Estoy muy satisfecho del vagón que me regalaron. Por cierto que hoy ha ocurrido una lamentable desgracia en el tren. Mataron a dos hombres. Hay que terminar con estas cosas. Ya he visto que se proponen nombrar a otro sheriff. ¡Pobre hombre!

—Será elegido por votación popular. Pienso convocar la reunión esta noche, en la sala de baile. Aunque usted no es habitante de Farish, puede acudir y votar a su predilecto.

—No, no —rió don César, moviendo negativamente la mano—. No

deseo atormentar mi sueño con tristes pesadillas en las cuales figurase el fantasma de un sheriff muerto. Regresaré a mi hotel.

Salió de la casa y por las congestionadas calles encaminóse a su alojamiento. No se sentía feliz, porque no era dueño de sus propias decisiones. Por su gusto hubiera salido en pos de Guadalupe, dejando que los habitantes de Farish City resolvieran sus problemas a su gusto.

A poco de estar en el hotel, con su hijo, comenzó a oír en la calle el anuncio de la reunión convocada para elegir sheriff.

—¡A las ocho de la noche, reunión en la tienda de Macy para elegir nuevo sheriff! ¡Todos allí! ¡A cumplir con los deberes de ciudadanía!

—Será una comedia —dijo César.

—Más bien creo que será un drama —replicó su padre.

* * *

La tienda de Macy era una especie de enorme entoldado que se usaba para bailar y también había servido para que algún predicador de las innumerables sectas que existían en el país, pronunciara sermones frente a escaso auditorio.

Aquella noche estaba lleno de gente y de humo de tabaco. Se hablaba a gritos y se cambiaban saludos entre hombres y mujeres que acudían de espectadoras de la elección, y que se lamentaban de que no se contara con ellas para aquel asunto.

Shane Bowee se instaló en el tablado que solía ocupar la orquesta frente a un alto pupitre sacado de la sección de contabilidad de las oficinas del ferrocarril. Junto con él subieron al estrado dos hombres en quienes "Dutch" Luke hubiera podido reconocer a sus interlocutores en el vagón bar, y a sus...

—Un momento de silencio, amigos —pidió Shane, iluminando su rostro con una cordial sonrisa—. A todos nos interesa terminar pronto para dejar al nuevo sheriff las manos libres.

—Y escapar lo antes posible de su lado —gritó un ferroviario—. ¡Antes de que empiecen los tiros!

—Esto se terminará pronto —dijo Bowee, cuando cesaron las risas —. Esta vez vamos a elegir a dos hombres en vez de uno. Matar a dos *sheriffs* es más difícil que matar a uno solo. Esta tarde se han

presentado en las oficinas del ferrocarril, dos hombres que están dispuestos a correr el riesgo. Es su vida la que ellos se juegan. Nosotros debemos aprobarlo o negarles la confianza.

—¿Qué garantías traen? —gritó uno.

El más alto de los que estaban junto a Bowee desenfundó sus revólveres y los mostró al público.

—Seis muescas en uno y cinco en otro —dijo, orgullosamente.

—Esto está bien; pero cualquiera puede ponerle muescas a un revólver —observó un ferroviario de lacio bigote.

El compañero del larguirucho llevó las manos a sus revólveres.

— ¡Calma, calma! —pidió Bowee. —No empecemos a tiros. Espero que si les eligen a ustedes no les faltaran oportunidades de demostrar su genio. El cargo de sheriff de Farish no tiene nada de envidiable. Hasta ahora, un sheriff murió con la insignia y el corazón atravesados por la misma bala. Los otros dos murieron nadie sabe cómo; pero no fue en la cama, sino en la calle y con el cuerpo rebosando plomo. El Gobierno quiso ayudarnos y nos envió a un buen sheriff. Ni siquiera le dieron tiempo de bajar del tren por su pie. Hay que terminar con tanta falta de respeto a la autoridad. Los ciudadanos tienen derecho a circular libremente por las calles sin exponerse a que les alcance una bala disparada contra el sheriff. Y como el movimiento se demuestra andando, aquí tenemos a dos valientes dispuestos a correr peligros por el módico sueldo de cien dólares mensuales cada uno. El que lleguen a cobrar la primera mensualidad ya será una prueba de que no son mancos. Por lo tanto, como la Ley obliga a que el sheriff sea elegido por voto popular, yo os pregunto, señoras y caballeros, si aceptáis a "Tucson" Osgood, que es el largo, y "Shorty" Norton, que es bajo, como sheriffs conjuntos de Farish City. Los que estén conformes que no hagan nada. Los disconformes que levanten un brazo.

Nadie se movió. Ningún brazo se opuso al nombramiento. Bowee saludó con la cabeza, sonriendo.

—Bien —dijo—. La votación no ha podido ser más unánime...

—¡Un momento! ¡Yo no estoy conforme!

Las miradas se volvieron hacia la entrada de la tienda y como por ensalmo cesaron las voces y abrióse ancho camino entre el estrado y la puerta.

Bowee, con las palmas de las manos pegadas al pupitre, miraba desorbitadamente al que le había interrumpido. Tras él "Shorty" y "Tucson" parecían convertidos en dos estatuas.

—Sus sheriffs, señor Bowee, olvidaron añadir dos muescas a sus revólveres.

—¿S... sí? —musitó Bowee.

—Sí —replicó el único disconforme con la elección, que permanecía junto a la entrada, a cuarenta metros del estrado.

—Es el "Coyote" —murmuró Bowee, como si creyese que sus elegidos no eran capaces de reconocer al enmascarado que estaba ante ellos.

"Shorty" calculó, de reojo, las posibilidades de fuga que tenía. "Tucson" engarfió las manos.

—Es una buena oportunidad para demostrar si sois capaces de disparar contra quien se halla prevenido, con la misma eficacia demostrada en "Santa Fe" y en "Dutch" Luke.

La tensión nerviosa era demasiado violenta para que pudiera mantenerse por mucho tiempo. Todos presentían el estallido y lo aguardaban ansiosamente. Sólo el "Coyote" permanecía tranquilo.

—Apártese, Bowee, a menos que desee tomar parte en la fiesta.

Fuera sonó un disparo y un grito de dolor. El "Coyote" permaneció indiferente, limitándose a comentar:

—Alguien quiso probar fortuna contra mi espalda. No tuvo suerte. ¿Se aparta, Bowee?

—¡Sí! —gritó el corpulento Shane—. ¡Yo no quiero...!

—¡No te muevas! —ordenó "Shorty"—. Nos metiste en este lío y saldrás de él con nosotros. Derecho o con los pies por delante...

A la vez que decía esto, "Shorty" brincó hacia Bowee, para colocarse tras él; pero la mano derecha del "Coyote" se movió más de prisa y la cabeza de "Shorty" tropezó con la bala que le alcanzó antes de que llegara a su anhelado refugio.

Bowee escuchó el choque del plomo contra el cráneo del pistolero, y se tuvo que apoyar en el pupitre para no caer, al doblársele las rodillas

a causa de la impresión.

Cuando el cuerpo de "Shorty" aún estaba en el aire, "Tucson" trató de empuñar sus Colts; pero la muerte le llegó antes de conseguirlo, y con las manos cerradas en torno a las negras y amuescadas culatas, cayó hacia adelante, precipitándose sobre los espectadores más próximos, que se apartaron, chillando, especialmente las mujeres, aunque también varios hombres expresaron así su miedo.

—¡Quietos! —ordenó el "Coyote". Y su voz sonó como otro pistoletazo.

Estaba en el mismo sitio desde donde hiciera los disparos, y de su revólver se elevaba una negruzca nubecilla de humo.

Su voz dominó la humana estampida que se había iniciado al caer "Tucson" desde el estrado, donde Bowee, mortalmente pálido, seguía con las manos apoyadas en el tablero del pupitre, mientras sus ojos, casi fuera de las órbitas, miraban, hipnotizados, al californiano.

—Sigue libre el cargo de sheriff —dijo el "Coyote"—. Por lo tanto, yo me presento a la elección. Los que estén conformes que no se muevan. Los disconformes que levanten una mano; pero que la levanten con un revólver en ella.

Transcurrieron unos instantes sin que nadie se moviera, y una sonrisa se fue extendiendo por los labios del enmascarado.

—Gracias por la unanimidad, señoras y caballeros —dijo—. No esperaba tanta condescendencia. Desde hoy seré el sheriff de Farish City. Aquí está mi distintivo.

Con la mano izquierda se colocó en el pecho, sobre el corazón, una estrella de plata con un agujero en el centro.

—Es la de Harley —explicó—. Si alguien quiere repetir la hazaña, esta vez tendrá menos dificultad, porque el camino hacia mi corazón ya está abierto. Y como ya no queda nada más por hacer, me retiraré. Que nadie se moleste en llamarme cuando me necesite. Yo sabré acudir a tiempo.

El "Coyote" dio un paso atrás, hacia la salida

—¡Ah! —exclamó—. Olvidaba lo del sueldo. Ya pasaré a cobrarlo cualquier día por ahí. En vez de pagarme en dinero me pagarán en especie en los almacenes y comercios de la Compañía. ¿De acuerdo,

señor Shane Bowee?

El interpelado movió afirmativamente la cabeza.

—Adiós, queridos electores —se burló el enmascarado—. Y si alguien desea encontrarse con lo que han hallado mis dos antecesores, no tiene más que seguirme, por lo tanto, creo que en beneficio del orden público y en evitación de desgracias personales, deben quedarse todos aquí mientras yo me marcho. Para entretenerse, sírvanse cantar Dixie. Bien alto, para que les oiga desde lejos y durante mucho rato. ¡Empiecen!

Con temblorosa y metálica voz, los reunidos en la tienda empezaron a cantar:

Quisiera hallarme en la tierra del algodón, del algodón.

Los viejos tiempos que nunca olvidaré, recordaré. ¡Yo nací! ¡Yo nací! ¡Yo nací en Dixie!

Y cuando ya el "Coyote" y su hijo estaban lejos de la tienda, aún llegaba de ésta el estribillo de la famosa canción sudista:

¡Quisiera estar en Dixie, Dixie! ¡Hurrah! Hurrah! [3]

—¿Mataste a alguien? —preguntó el "Coyote" a su hijo.

—Procuré no hacerlo y a juzgar por cómo escapó, no debí de hacerle mucho daño.

—Va a ser divertido hacer de sheriff —comentó el "Coyote"—. Tendremos trabajo y, si nos descuidamos, algo más que trabajo.

— ¡Tú y yo los dominaremos! —dijo César, orgulloso de luchar de nuevo junto a su padre

CAPITULO V

LA EFICACIA DEL NUEVO SHERIFF

El bar "Locomotora" tenía por muestra una máquina de tren arrastrando varios vagones, en cada uno de los cuales viajaba una letra del nombre del establecimiento. El interior no tenía nada de

interesante. Era uno de tantos bares prefabricados, que se podían trasladar de un lugar a otro. El "Locomotora" había recorrido las líneas del Union Pacific, del Central y del Katy. No era nuevo, ni mucho menos, y su estancia en Farish se consideraba definitiva, pues ya no le quedaban fuerzas para sufrir nuevos desmantelamientos y montajes en otro lugar.

Ben Holt pasaba por ser el propietario. Era un hombre alto, de cara desmesuradamente larga, coronada por una reluciente calva que era como un sonrosado río entre dos orillas de negrísimo pelo. Había trabajado en buenos y en malos hoteles, en lujosos bares y ahora, por su afición a probar las mercancías que suministraba veíase reducido a su actual condición.

El "Locomotora" atraía, poco más o menos, la misma cantidad de clientes que los otros establecimientos. El whisky y la cerveza eran idénticos en todos los bares. Ninguno ofrecía algo que fuera distinto a lo que se ofrecía en los demás sitios Los clientes lo habían comprobado hacía tiempo y sólo se dejaban llevar por la simpatía o antipatía del camarero o gerente. ¡Y esto era algo que escaseaba mucho! Sin estímulo ni ilusión alguna, los administradores trabajaban rutinariamente, limitándose a cumplir su más elemental obligación.

Eric MacGraw prefería el "Locomotora", porque Holt tenía algunas botellas de whisky escocés que le llegaron por error y lo servía a sus amigos o a los que le eran más simpáticos. Aquella noche, mientras la gente se reunía en la tienda, MacGraw se refugió en el "Locomotora". Necesitaba descargar su corazón y su cerebro en los amables oídos de alguien.

—Voy a marcharme de Farish y del negocio de ferrocarriles, Ben —dijo después de varias rondas, mano a mano con el tabernero—. Me voy a marchar porque esto no me gusta. Estoy harto y asqueado de la porquería de vivir aquí entre gentuza sin honor ni nada.

—El mundo es igual en todas partes —observó Ben—. En cuanto llueve aparece el barro. Y si no llueve hay polvo. Polvo y barro y barro y polvo. Eso encontrarás, vayas donde vayas.

—Ya lo sé. Compraré una casa en el campo y criaré gallinas. Comeré huevos y pollo. Y verduras. También criaré un par de vacas para tener leche. ¡Bah! —Rabioso tiró un vaso contra el suelo—: Uno no puede fiar en nadie. Ni en mi mujer. Bowee me la quiere quitar y ha pretendido que su francés me mate.

Holt estaba algo bebido; pero las palabras de su cliente le serenaron como por arte de magia.

—Un momento —pidió, separándose del mostrador—. No me compliques en este asunto No quiero saber nada de tus asuntos privados. Eso es veneno puro y yo no quiero otro veneno que el alcohol.

—Te he dicho la verdad. Mi mujer es una coqueta que desea verse libre de mí. Lo de que Bowee se va a casar es una mentira. El quiere a mi mujer y por eso me quiere hacer matar; pero yo he escrito a Latour diciéndole que es un bribón y que se debe marchar de aquí porque yo no me pienso batir con él.

Ben Holt movió la cabeza y, dirigiéndose a un extremo del mostrador llamó a un negrito que hacía las veces de mandadero.

—Ve a la cocina y espérame allí —le dijo—. Iré en seguida.

Una vez en la cocina, Holt dio al muchacho las instrucciones necesarias.

—Presta atención, pues es muy importante —dijo—. Ve a buscar al señor Bowee y dile que MacGraw, el escocés, el que está ahí fuera bebiendo, está hablando mucho. Dile que por ahora nadie le oye; pero que podrían oírle y... El ya te comprenderá. Dile, también, que le estoy emborrachando para que cierre el pico.

—Sí, mi amito —asintió el negrito, que, como todos los de su raza, era de una listeza asombrosa.

Regresó Holt al mostrador y continuó sirviendo generosas copas de whisky. La charla de Mac Graw se hizo densa, torpe, y la inquietud de Holt aumentó, pues de los labios del borracho salían secretos que el encargado de la taberna hubiera preferido ignorar. Afortunadamente, cuando llegaron los clientes que regresaban de la "elección del sheriff", MacGraw estaba completamente borracho y ya no pudo decir nada más.

En un rincón del "Locomotora" permaneció hasta la hora de cerrar el local, o sea las tres y media de la madrugada.

Cuando el último cliente salió por las batientes portezuelas, Holt se acercó a la mesa sobre la que estaba derrumbado, de bruces, MacGraw y lo sacudió.

—¡Ya es hora de que te marches, hombre! —dijo.

Forcejeó un rato con él, sin conseguir nada, hasta que unos pasos que sonaron a su espalda le hicieron volverse. Ante él estaban Bowee y Jim McKenna, junto con varios de la pandilla del último.

—¿Cómo está? —preguntó Bowee.

—Completamente borracho —replicó Holt, que de no conocer lo ocurrido en la tienda habríase asombrado del desencajamiento del rostro de Bowee—. Desde hace cinco horas no ha despegado los labios.

—Sacadlo —ordenó Bowee a los hombres de McKenna.

—Con cuidado —rió el bandido—. No sea que despierte antes de tiempo.

—¿Piensa hacerle algún daño? —preguntó Holt a Bowee.

Este replicó brutalmente:

—Cuantas menos preguntas hagas, mejor te sentirás de salud, Holt. Olvida lo ocurrido. Lo último que viste de MacGraw fue que salió de aquí diciendo que iba a batirse en el cementerio.

—Usted manda, señor Bowee —contestó Holt.

Salieron los otros arrastrando a MacGraw, y Holt, al cerrar definitivamente el bar vio cómo el escocés era cargado como un fardo en un carricoche y en el que se instalaron todos, menos Bowee. Este dirigióse a un coche que aguardaba algo más lejos y subiendo a él partió en pos del vehículo en que iba tendido MacGraw.

Este no tardó en resentirse de los traqueteos del carruaje, que obraron violentamente en su estómago, librándolo de parte del licor bebido; pero el conocimiento no lo recobró del todo hasta que sus ojos se fijaron en una hilera de torcidas cruces de madera y lápidas de piedra o, también, de madera.

—¿Qué pasa? —gritó— ¿Dónde me han traído?

Amanecía y la rosada luz del sol acariciaba los brazos de las cruces, poniendo una ligera nota de belleza en el desamparado lugar.

Dos hombres tirando de él obligaron a MacGraw a bajar del carruaje. Aunque ya se daba cuenta de las cosas, estaba demasiado

débil para tenerse en pie sin ayuda, y en cuanto le soltaron cayó de rodillas ante una sepultura que aún olía a tierra profunda. En la plancha de madera que hacía las veces de lápida, y que olía a pino fresco y savia, leyó:

"TUCSON" OSGOOD

El nombre le refrescó la memoria. "Tucson" Osgood era uno de los asesinos de "Dutch" Luke. ¿Y ya había muerto?

Miró a la tumba inmediata, rojizo montículo de tierra recién sacada, y leyó en otra lápida de madera:

"SHORTY" NORTON

—Levántate —ordenó Bowee. MacGraw no pudo obedecer. Su mirada, cegada por la horizontal claridad solar, tardó en descubrir la figura de su socio. Pero no fue la presencia de Shane Bowee, ni la de los bandidos de McKenna la que puso hielo en su corazón. Fue la alta, delgada y aristocrática silueta de Maurice Latour de Vignolet, vestido con blanca levita, chaleco y pantalones del mismo color, sombrero igualmente blanco, adornado con un cintillo negro, mientras una negra corbata de lazo rodeaba su cuello.

—¡No... no! —chilló.

Latour, que estaba examinando su revólver de larguísimo cañón, no demostró impresión alguna.

—Estamos perdiendo el tiempo —fue lo único que dijo.

—Levantadle —ordenó Bowee—. Se ha de celebrar el duelo.

—Yo creo que no está en condiciones —dijo una voz.

Siguiéndola, MacGraw descubrió a todos los miembros del consejo directivo del TACR, alineados en uno de los senderos del cementerio. Sólo faltaba Wilcox.

—El miedo da lugar a falsas impresiones, señor Maxon —replicó Bowee.

Acercóse de nuevo a MacGraw, que al fin se había incorporado, y le entregó un revólver.

—Está cargado con dos balas Mac. ¡Que tengas suerte!

—¡Yo no quiero batirme, Shane! —replicó en voz baja MacGraw—. Haré lo que tú quieras. Me marcharé. Hasta te dejaré a mi mujer si la quieres. El que estés enamorado de ella no justifica esto. Podemos divorciarnos…

—Tu mujer me da tanto asco como tú, Mac —replicó Bowee—. Haz lo que quieras; pero te aconsejo que procures portarte como un hombre. Sólo así puedes obtener algún beneficio. Si pretendes escapar serás cazado como un perro. Tú te lo buscaste por dos veces. Primero al ofender de palabra a Latour. Luego al ofenderle con tu carta.

MacGraw sintió mucho frío. Pero al mismo tiempo un ligero calor en el corazón. En todo aquello sólo había un culpable: Shane Bowee. Y puesto que su suerte estaba echada, por lo menos se iría de este mundo empujando ante él a un canalla.

Amartillando el revólver que acababa de recibir lo levantó y, sin necesidad de apuntar, disparó contra la espalda de Bowee, que estaba a unos cinco metros de él.

Bowee se volvió de un salto, a la vez que sonaba otro disparo. Era Latour quien lo había hecho, y la bala alcanzó a MacGraw en la sien izquierda, al mismo tiempo que el escocés apretaba el gatillo de su revólver y disparaba por segunda y última vez.

Los que se habían visto forzados a actuar como testigos del duelo advirtieron que, a pesar de que el segundo disparo de MacGraw también había sido hecho con el arma apuntando al cuerpo de Bowee, y a unos tres metros de éste, Shane no acusó en modo alguno el inevitable impacto. Ni la primera bala ni la segunda hicieron mella en él, y los testigos comprendieron, sin necesidad de mejores explicaciones, que el revólver de MacGraw había sido inofensivamente cargado

—Buen tiro, Latour —dijo Bowee al francés—. Creo que le debo la vida. El muy tonto quiso asesinarme.

Maxon avanzó hacia Bowee.

—Esto no está bien, Shane —dijo—. Ha sido un crimen…

—Está ofendiendo al señor Latour —observó, despectivamente, Bowee— Si no le gusta la forma en que yo llevo los asuntos de la Compañía, puede desprenderse de sus acciones. Se las compraré al precio nominal.

—Pues… están a su disposición —tartamudeó Maxon—. No me gusta mezclar el asesinato y el negocio.

—Cuidado con lo que dice, Maxon —advirtió Bowee—. ¡Y cuidado dónde lo dice!

—No me amenace…

—Trato de darle buenos consejos. Si no los sigue, la culpa será suya. Cuando quiera puede pasar a recoger su cheque.

—A las diez de la mañana —dijo Maxon—. Y en cuanto a usted, Bowee, le advierto que va demasiado lejos. Primero hizo matar a Gulic, luego hizo desaparecer a los Farish y ahora ha matado a su mejor cómplice. ¿Hasta dónde piensa llegar?

—Hasta donde sea necesario, señor Maxon. Nada ni nadie me detendrá. Y esto lo digo a todos. Señor Maxon, le aguardo en mi despacho a las diez de la mañana. Buenos días. ¿Me acompaña, Latour?

—Con mucho gusto —replicó el francés. Saludando a los demás, se despidió—: *Bon jour, mes amis.*

El último saludo con su ancho sombrero fue para el cuerpo de su víctima. Una vez en el coche, al lado de Bowee, comentó:

—Fue muy desagradable que su amigo cometiese la tontería de quererle matar a usted. Le aseguro que la precaución de cargar con pólvora sola el revólver era innecesaria.

—Tuve el presentimiento de que sabiéndose condenado a muerte, Mac tratara de hacerme probar el sabor del plomo. Un sentimiento de venganza muy lógico. Le aseguro, mi querido Latour, que era mi vida y no la de usted la que más me interesaba salvaguardar.

—Un sentimiento muy natural —replicó el francés, sonriendo como si hubiera escuchado un cumplido—. Me doy cuenta de sus buenas voluntades.

—Me gusta hablar con franqueza. MacGraw se estaba poniendo pesado. Sabía muchas cosas y, además, tenía la impresión de que yo andaba detrás de su mujer.

—Es una linda dama —dijo Latour.

—Puede usted ir a darle el pésame, Maurice.

—No es mala idea. Incluso le puedo decir que mi intención al matar a su marido fue, tan sólo, librarla de algo desagradable. ¿Es rica?

—Alguna joya buena, algún dinero. No creo que sea un negocio, Maurice.

—Nunca he despreciado una cantidad, por pequeña que fuese. Yo nunca he vacilado en recoger un centavito. Al fin y al cabo, una fortuna se hace con dólares; pero cada dólar tiene cien centavos.

—Me encanta el sentido práctico de la gente romántica. Los franceses tienen fama de ser encantadores. ¿Dónde le dejo, Maurice?

—En mi hotel. Quiero arreglarme un poco. Luego iré a tomar algo al "Locomotora". Si me necesita estaré allí hasta las once de la mañana. Creo que a las doce será una buena hora para ir a dar el pésame. ¿Y ese hombrecillo que protestó? Creo que se llama Maxon, ¿no?

—Sí. Está muy enfermo.

—¡Ooh! —Maurice movió la cabeza tristemente—. ¡Pobre caballero! Tan contados sus días... Bueno, amigo Shane. Ya llegamos a mi hotel. ¡Oh! Ahí está *Monsieur Echagüé*...

Monsieur Echagüé, como pronunciaba el francés, saludó a éste con una amable sonrisa.

—Buenos días, señor Latour. Es usted muy madrugador.

—El deber, mi querido amigo. Nadie gusta más que yo de un buen lecho en el cual oír las doce del mediodía; pero cuando uno tiene que cumplir un triste deber...

—¿Sufrió mucho su adversario? —preguntó don César.

—¡Oh, no! —protestó Latour, casi ofendido ante semejante sospecha —. Falleció impecablemente.

—Era de esperar. Es usted maravilloso.

—¡Exagera usted su bondad hacia mí, mon cher —dijo Latour—. Me gusta hacer bien lo que no puedo dejar de hacer.

—Es el lema de los buenos trabajadores —contestó don César—. Los

malos son los que hacen chapuceramente lo que no pueden dejar de hacer.

—Con su permiso, señor *Echagüé*, me retiraré a mis habitaciones. Muy agradecido de que no haya lamentado mi regreso.

—Ni por un instante pensé que pudiera usted quedarse allí, señor Latour. Buenos días.

Latour subió a su cuarto, cambió la levita blanca por otra cremosa, hizo lo mismo con el resto del vestuario, y en vez de sombrero ancho se puso un alto y gris sombrero de copa. A las nueve y media salía del hotel. En el vestíbulo aún encontró a don César, leyendo una de las antediluvianas revistas que se ofrecían al interés del público, aunque daban al hotel una falsa apariencia de arcaico museo.

—Creí que habría salido usted de paseo, señor *Echagüé* —dijo el francés.

—Esperaba el regreso de mi esposa o el de mi hijo, que ha ido a enviar un mensaje.

—Hasta la vista, *monsieur*.

—Que tenga usted una buena mañana y que el día termine con idéntica fortuna a la de su comienzo.

—Es usted sumamente bondadoso, monsieur. Buenos días.

—Adiós.

Latour se dirigió sin prisa al "Locomotora", sonriendo ante los comentarios en voz baja que su presencia provocaba en las gentes. La noticia de su desafío había corrido ya por la ciudad, aunque los detalles eran ignorados. Envuelto en esta nube de incienso popular, Latour entró en el "Locomotora". Holt, que se había levantado demasiado pronto, porque no pudo conciliar el sueño, le saludó seriamente.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Un coñac y una de esas deliciosas tortillas que sabes servir.

En lugar de ir a sentarse, Latour quedó de pie junto al mostrador, para que los doce o catorce clientes del bar le admirasen a placer.

—Buen día el de hoy —dijo en voz alta.

Sonrió como si el gruñido que acogió sus palabras fuera una prueba de acatamiento a su persona.

Volvióse hacia el espejo que coronaba el mostrador y comenzó a arreglarse la corbata; pero de pronto sus dedos quedaron como helados, rígidos, pegados al lazo, mientras la sangre huía de su rostro.

Su mirada estaba fija en el espejo, y en su empañada y moteada superficie veía, reflejada, una amenazadora figura. Un hombre alto, vestido de negro, a la mejicana, con dos revólveres al cinto, un antifaz de negra seda sobre el rostro y una estrella de sheriff sobre el pecho. Un irregular agujero marcaba el centro de la estrella.

—Hola, Mauricio Latour de Vignolet —saludó el "Coyote" avanzando desde la puerta trasera por donde había entrado.

Los demás clientes se echaron instintivamente hacia atrás, como empujados por la presencia del famoso enmascarado.

—¿Qué desea de mí? —preguntó Latour.

—Anoche dije que impondría la Ley en Farish City, Latour. Debió usted haber asistido a la fiesta y hubiera aprendido algo bueno para su persona. No me gustan los asesinatos. Los he prohibido y usted ha faltado a mi orden. Sé que bajo el brazo lleva un revólver de seis tiros, con el cañón debidamente recortado. Sáquelo y defiéndase. No soy un asesino como usted.

—Si me da esa oportunidad se expone a perder la vida, señor "Coyote".

—Desde luego. Pero estoy dispuesto a correr semejante riesgo.

—¿Por qué no me somete a juicio, como haría otro sheriff?

—Porque yo soy un sheriff como no hay otro. No me fío de los tribunales. Prefiero ser acusador, defensor, juez, testigo y verdugo. Así tengo la seguridad de que el culpable no podrá escapar.

—Conmigo se expone a...

Latour no terminó su comentario. Mientras pronunciaba estas palabras dejó caer los brazos y, sin que ninguno de los testigos de la escena se lo pudiera explicar, un derringer brilló en su mano derecha, mientras el dedo pulgar de la misma mano levantaba el percusor.

Una sonrisa triunfal que había iluminado su rostro fue borrada por dos balazos que le dieron entre los ojos. El '"Coyote", sin perder su indiferencia, había disparado con los dos revólveres. Y si el que Latour sacara un derringer de la manga parecía un milagro, el que el sheriff "Coyote" hubiese sacado a tiempo sus dos armas, era un milagro mucho mayor y contundente.

El cuerpo de Latour rebotó contra el mostrador y de allí al suelo, quedando de bruces, con la cabeza destrozada, manando sangre en un horrible glu-glú. La mano izquierda quedó a la altura de la cabeza, mientras que la derecha permanecía oculta bajo el cuerpo. El gríseo sombrero de copa rodó hasta una escupidera.

—Buena justicia, señor "Coyote" —dijo un minero.—. Los dos mejores disparos que he visto en mi vida.

—Gracias por su buena opinión, caballero —replicó el sheriff—. Beba lo que le apetezca. ¡Tabernero!

Holt salió de la cocina. Ahora su calva parecía un grueso trazo con tiza.

—¿Qué? —musitó.

—Sirve de beber gratuitamente a todo el que quiera. Es la orden del sheriff. Cuando hayas terminado las existencias, toma el tren y vuelve al Este.

—Pero…

—Yo soy quien da las órdenes mejores. Si el señor Bowee o cualquier otro vampiro de la Compañía tiene algo que oponer, que se dirija a mí.

—Bien, señor sheriff. ¿He de hacer algo más?

—Sí. Destrozar la taberna de arriba abajo. En ello te ayudarán tus clientes.

—Bien. ¿Y con ése? ¿Hay que hacer algo?

—Dejemos que los muertos entierren a sus muertos —sonrió el "Coyote"—. Adiós, amigos. Cuando terminéis de beber aquí, dirigíos a otra taberna. Si el tabernero se opone a serviros gratuitamente, yo le convenceré a su debido tiempo.

Un alarido acogió las palabras del sheriff de Farish City. Fue una ovación que retumbó en todo el edificio, y en seguida un alud de bebedores se precipitó contra el mostrador, conmoviéndolo como si fuese de papel.

Nadie se acordó del "Coyote", y cuando alguien lo buscó para brindar por él, no pudo hallarlo. De su paso por el "Locomotora" sólo quedaba el cuerpo de Latour, cuya impecable levita estaba sucia y arrugada. Sin ninguna contemplación lo habían apartado bajo unas mesas, para que no estorbara a los que bebían y a los que entraban a beber, atraídos por la noticia de la orden del sheriff.

CAPITULO VI

UN OBSTÁCULO MENOS

Shane Bowee se abrillantó las uñas en la manga de su traje.

—Desde luego, es lamentable lo ocurrido... —dijo—. No por la muerte de Latour, que era un gran bribón; pero sí por el entremetimiento del "Coyote". Hemos perdido unos miles de dólares en licores, y mañana podemos perder más en otra clase de géneros.

—Yo acabaré con el "Coyote" —dijo McKenna.

—Ayer tuviste oportunidad de hacerlo —recordó Bowee.

—No quise exponerle a usted a un balazo.

—¡Qué precavido! —ironizó Bowee—, Bien, tengo un trabajo para ti, McKenna. Maxon y Christie venden sus acciones. Ya se las he pagado. Cada uno de ellos lleva un cheque de un millón de dólares, a cargo de un Banco de Nueva Orleáns. En ese Banco yo no tengo ni un centavo. Por consiguiente, los cheques no valen nada.

—¿Por qué dice eso? —preguntó McKenna.

—Por si te asaltara la tentación de hacer un viaje a Nueva Orleáns. ¿Comprendes?

—Sí. Y no me gusta lo que ha querido decir.

—Olvídalo, pues. No he dicho nada. Maxon y Christie salen mañana

por la mañana en el tren. No quieren asistir a mi boda con la nieta del coronel. Tendrán muy mal viaje. Y ello convencerá a Klippel y Bassinger de que deben cederme también sus acciones. Quiero ser el único dueño del ferrocarril. Cuando lo haya conseguido seré el hombre más poderoso de América.

—Procure no olvidarse de los amigos.

—Si los amigos se portan siempre como amigos, no los olvidaré. No olvides que dos viajeros no deben llegar a Nueva Orleáns.

—¿Y Klippel y Bassinger?

—Esos son más como yo. Son duros y difíciles de roer. Me darán trabajo; por eso quiero que les sirva de ejemplo la suerte de Maxon y Christie.

—Tenga en cuenta, Bowee, que, en general, a mineros y ferroviarios les encanta la actuación del "Coyote". En ellos no tendrá ningún enemigo.

—Yo sé cómo debo manejarles. Ve a hacer lo que te digo. Finge un asalto al tren. Id enmascarados. ¡Ah! ¿Qué sabes de Lin Carey? Hace tiempo que no oigo hablar de él.

—Se retiró a las montañas cuando mi banda empezó a actuar en grande. Es prudente y supo lo que le convenía.

—Me extrañó que no diera señales de vida. Procura dar la impresión de que es un asalto en regla. Como el tren no llevará oro, no habrá guardia armada.

Uno de los empleados entró para anunciar en voz baja:

—La señora MacGraw está aquí, señor.

Bowee hizo un gesto de fastidio.

—¡Maldita mujer! Bueno. La recibiré. Y tú, McKenna, vete.

Cuando el bandido salía entró Susan MacGraw. No demostraba ningún sentimiento por la muerte de su marido.

—¿Vienes a despedirte? —preguntó Bowee.

—¿Cómo lo adivinaste? —preguntó Susan.

—Sé que eres una persona inteligente y sé cómo se portan las mujeres inteligentes.

—Ceden el campo a cualquier rival, ¿no?

—Cuando no pueden competir con ella, sí —replicó Bowee.

Susan tiró en seguida la máscara que había llevado por tan poco tiempo.

—¡Creí que te habías deshecho de él para que yo fuese tuya! —gritó.

—Con esto demuestras poca inteligencia, Susan. Para que fueses mía no necesitaba deshacerme de tu marido. Nunca has sido un modelo de esposa fiel.

—¿Y tú qué has sido?

—Un hombre, desde el principio hasta el fin. Te puedo reservar pasaje en el primer tren de mañana. Te conviene estar fuera de aquí lo antes posible. Si necesitas algún dinero...

—No mucho, ¿verdad?

—Desde luego. Poco dinero. Tienes bastante con el que te dejó tu marido.

—¡Le asesinasteis! —gritó Susana.

—No te pongas ridícula —pidió Bowee—. No me convencerías nunca de que has lamentado la muerte de tu marido.

—El era mejor que tú.

—Cuestión de opiniones, Susan. Nada más. Yo nunca me habría cambiado por él: Se dejaba llevar demasiado por las pasiones estúpidas. Incluso llegó a creer que yo quería matarle para quitarle a su linda esposa. Me ofreció divorciarse de ti para que yo pudiera casarme contigo.

— ¡Esto es lo que vas a hacer! —dijo, amenazadoramente, Susan, mostrando la mano derecha armada con uno de los pequeños Colts conocidos por el nombre de "Wells & Fargo"—. Y si no lo haces te mataré. Y nadie podrá acusarme de haber cometido un crimen. Asesinaste a Eric y yo te asesino a ti.

Shane no quiso poner a prueba los nervios de la mujer. Había oído decir que las mujeres no saben disparar; pero sabía por experiencia la eficacia de aquellos pequeños revólveres del calibre 31, que apenas saltaban en la mano, al ser disparados, y que por lo tanto eran de una gran precisión, ya que unían un peso relativamente grande en comparación con el reducido calibre de los proyectiles que iban en su cilindro.

—No hay que recurrir a estos extremos, Susan —dijo, apaciguador—. ¿Qué beneficio obtendrás casándote conmigo?

—Hacerte desgraciado será un gran placer para mí. Y lo que más sentiré es que no pueda hacerte todo lo infeliz que yo deseo.

—Con ello nada ganarás. Tú me gustas mucho, Susan.

—No lo has demostrado mucho últimamente.

—Desde luego. Tuve que disimular...

—Antes no tenías por qué disimular —replicó Susan, cuyo distinguido rostro acusaba sus agitadas pasiones—. Hablaste muy claro.

—Mujer... Ten en cuenta que mañana me caso con la nieta de Wilcox.

—Hoy te casas conmigo. Mañana no podrás casarte con otra mujer.

Bowee trataba de actuar con la máxima cautela y prudencia. Aquel pequeño revólver, con su único ojo malignamente fijo en su pecho, le ponía muy nervioso.

—Presta atención a lo que te voy a decir, Susan —pidió—. Me gustas por tu belleza física y por tu energía. ¿Qué vale Carlota Wilcox en comparación contigo? Nada. Pero ella representa el dominio absoluto de la Compañía. Lo he de conseguir cueste lo que cueste. Yo pago el precio que se me exige. Tú debes ayudarme. Ten paciencia. Dentro de unos meses ya no necesitaré a mi mujer. Volveré a ti. De momento no podremos legalizar nuestra situación; pero eso a ti no te importa, ¿verdad?

—Te equivocas. Hoy te casarás conmigo o no té podrás casar con nadie. No admito excusas.

—Destruyes tu felicidad.

—Me tiene sin cuidado.

—Veamos, Susan. ¿Qué es lo que deseas?

—Que seas mi marido.

— ¿Quieres arruinarme?

—No. Sólo quiero que seas mi marido.

—Pues existe una solución, si tienes paciencia. Nos casaremos en seguida. Cerca de aquí vive un predicador de no sé qué secta. Para el caso no importa, pues cualquier casamiento es legal si se celebra ante un religoso o ministro de cualquier credo. Sea el que sea.

—Continúa. ¿Qué pretendes?

—Nos casaremos y guardaremos secreta la boda. Nadie sabrá nada. El ministro ese recibirá dinero y la orden de marcharse lo más lejos posible. Tú guardarás el certificado matrimonial. Será tu garantía. Mañana me volveré a casar con Carlota. Nuestro matrimonio no tendrá validez y yo habré cometido un delito de bigamia. Cuando tú quieras podrás hundirme; pero no lo harás. Esperarás el tiempo preciso para que yo ponga en orden mis asuntos y anuncie a Carlota que no puedo seguir siendo su marido

—Cuidado, Shane. Sé de alguien que hizo eso que tú propones. Disfrazó a un amigo suyo de predicador y luego la mujer se encontró con algo que no esperaba. No soy tan ingenua.

—Si tú conoces a algún ministro que te merezca confianza, llévame a él y nos casaremos. Y no creas que lo hago por temor a que me mates.

—¡Qué raro! Pues yo estaba segura de que lo hacías por eso. ¿Se te ha despertado un súbito cariño hacia mí?

—Lo he tenido siempre, Susan. Un gran y sincero cariño.

—Bien. Lo vas a demostrar. Y no esperes engañarme.

—No quiero engañarte. Pero tú has de prometer que no me complicarás la vida hasta que podamos reunirnos. Te marcharás mañana en el primer tren, ¿no?

—Bueno —sonrió Susan, cuyas intenciones eran muy otras—. Vamos. Pasa delante y abre camino. Cualquier sospecha que me asalte

acerca de tus intenciones me obligará a disparar,

—No temas. Pero disimula el revólver.

Shane Bowee salió ante Susan y, al pasar por la oficina, ordenó al empleado que le anunció la visita de Susan:

—Haga reservar pasaje para la señora en el tren primero de mañana.

—Sí, señor —replicó el empleado.

Susan y Bowee salieron de las oficinas del TACR, y al llegar a la calle, la mujer indicó el lugar de destino:

—Es un ministro que dice pertenecer a no sé qué secta; pero creo que se trata de un mormón. Si convences a Carlota para que ingrese en la secta, podrás tener dos mujeres en vez de una.

* * *

El ministro era un hombre de aspecto patriarcal, con una larga y bíblica barba blanca que le llegaba a mitad del pecho. Vestía una levita negra, que se suponía cerrada hasta el cuello, y se disponía a tomar el té cuando Susan y Bowee entraron en la casa.

—Buenas tardes, hijos míos —.saludó con voz de bajo—. ¿En qué puedo servirles?

—Deseo casarme con esta mujer —dijo Bowee.

La firmeza de su voz convenció a Susan, quien, por primera vez, creyó en el cariño de Shane.

—Si ella lo desea también nada será más sencillo. Traed testigos...

—¿No podría evitarse o arreglarse semejante detalle? —preguntó Bowee—. Se trata de un matrimonio que durante algún tiempo ha de permanecer secreto.

—Esto es ilegal, hijo mío —dijo, bonachonamente, el pastor—. Podría hacerse, desde luego, pero habría que pagar a unos testigos para que firmaran en el registro sin leer lo escrito en él.

—Estoy dispuesto a pagar lo que sea preciso —replicó Shane—. Incluso pienso hacerle un donativo de quinientos dólares para su capilla.

—Aún no tengo capilla, hijo mío —replicó el ministro—. Hay poca fe en estos lugares. Pero voy reuniendo algún dinero y espero poder levantar mi capilla. Por cierto que creo tener algunos certificados matrimoniales firmados por testigos y que aún no llevan los nombres de los contrayentes. Todo se podrá arreglar. Venid.

Dirigióse a una mesa sobre la cual había un libro de registros matrimoniales y, sentándose, tomó la pluma y abrió el registro. Llenando la matriz y el certificado, luego ofreció la pluma para que firmase Susan.

—Firma tú antes —pidió la mujer.

—Como quieras —respondió fríamente Bowee.

Firmó en el lugar que le señalaba el ministro y luego tendió la pluma a Susan, apartándose dos pasos.

Y en este momento, cuando creía tener todos los triunfos en la mano, Susan cometió su más grave error. Volvió la espalda a Bowee y, para firmar, tuvo que dejar el revólver dentro del bolso en que lo había ocultado a la vista del ministro.

Con una sonrisa burlona, Bowee sacó el revólver que llevaba bajo el sobaco y disparó dos veces. Sólo dos balas fueron necesarias. Susan y el ministro cayeron juntos al suelo, sin un grito, sin un lamento. Fulminados por la precisión del tiro.

-Pudiste haberlo evitado, Susan —dijo Bowee, dirigiéndose al cadáver, que le miraba con helados ojos desorbitados por el horror.

Bowee paseó por la habitación. Había usado un revólver de pequeño calibre cuya detonación no pudo oírse más allá de las paredes de la sala. Ahora sólo quedaba deshacerse de los cadáveres. Esto, teniendo en cuenta que la casa era de madera, resultaría muy sencillo.

Tras un breve registro, Bowee encontró una lata de petróleo del que se debía de usar para el quinqué. Regó con su contenido el suelo, los dos cuerpos, las cortinas y el libro de registros matrimoniales, luego cerró la puerta principal, o sea la más cercana al lugar del crimen, y saliendo por la trasera tiró antes una cerilla al reguero de petróleo que había formado hasta allí. En seguida, en cuanto prendió la llama, salió, cerrando la puerta con llave y tirando ésta hacia unos arbustos, donde no era fácil que nadie la encontrara a tiempo.

Cuando llegó a la calle principal la casa del ministro era una gigantesca pira. Nadie pensó en intentar sofocar el incendio, ya que era imposible reunir a tiempo la cantidad de agua que se habría necesitado para dominar las llamas. La gente prefirió gozar del espectáculo. No era la primera vez que se quemaba una casa.

—¿No hacen algo por apagar el fuego? —preguntó don César, que llegó acompañado de su hijo.

—¿Para qué? —replicó otro—. Sería perder el tiempo.

—¿Y si hubiera alguien dentro de la casa? —preguntó el hijo de don César.

—Ya habría salido o hubiera chillado. Nadie se deja quemar así como así sin protestar.

—Menos mal —suspiró el señor de Echagüe— Temí que se pudiera quemar alguna persona.

Cuando aquella noche se pudo escarbar en las cenizas fueron dos los carbonizados cuerpos que aparecieron entre ellas.

—¿Quiénes serán? —se preguntó uno de los que hicieron el macabro descubrimiento.

—Parecen una mujer y un hombre —replicó otro—. Debe de ser el ministro.

—No, porque el ministro tenía barba... —empezó el que había hablado antes, interrumpiéndose al comprobar la tontería que acababa de decir—. ¡Claro que también se habría quemado su barba! —rectificó—. Es muy raro que no trataran de salvarse.

CAPITULO VII

ASALTO AL TREN Y BODA

Con las primeras luces del día se formó el tren. Los viajeros, no muy numerosos, fueron subiendo a sus departamentos. Las dos terceras partes del tren estaban constituidas por vagones de carga vacíos, que luego regresarían a Farish con mercancías de toda clase.

Maxon y Christie se instalaron en el mismo departamento reservado.

—Pero su departamento está en otro vagón, señor —observó el revisor cuando Christie entró en el de Maxon.

—Ya lo sé; pero prefiero viajar con mi amigo. Diga que traigan mi equipaje a este reservado.

El revisor asintió con la cabeza. Conocía la importancia de los dos viajeros y no encontró nada raro en su decisión. Era lógico que prefiriesen hacer juntos el largo y aburrido viaje.

—Llevad al departamento dos el equipaje del diecinueve —ordenó a uno de los mozos de tren. Este fue a cumplir la orden. Era el mismo que había llevado el equipaje de Christie, y al coger una de las maletas comentó, dirigiéndose a otro mozo:

—Cualquiera diría que esta maleta pesa más que antes.

—Debes de estar más cansado que antes —contestó el otro.

Y al quedar solo sonrió burlonamente.

El tren salió de la estación a las siete de la mañana, y entre los viajeros iba, además de Maxon y Christie, Agatha Farish.

Hacía media hora que habían dejado atrás la estación cuando la joven, que observaba con triste expresión las explotaciones mineras de Sierra Lorenzo, notó que alguien se sentaba a su lado. Como tenía reservado todo el departamento, se volvió para protestar, y un grito de alegre asombro escapóse de sus labios.

—¡Lin! ¿Es usted, Carey?

—¿No le avisaron mi visita? —preguntó el joven.

—N… no. ¿Quién podía hacerlo? ¿Qué hace usted aquí?

—De momento ordenarle que se aparte de la ventanilla y se tienda en el asiento. Es cómodo y podrá dormir.

—¿Va a suceder algo?

—Sí. Su padre y su hermano están en el tren. Y también los mejores de mis hombres. Bowee piensa atacar el tren por la banda de McKenna. Se van a encontrar con lo que no esperan…

El tren dio un brusco frenazo y, en el mismo instante, comenzaron a sonar disparos. Luego, antes de que Agatha pudiera hacer más que lanzar un grito, Lin la derribó sobre el mullido asiento, ordenando, mientras desenfundaba su revólver:

—¡No levante la cabeza!

Empezó a disparar por la abierta ventanilla, y Agatha sintió en los ojos y en la garganta la irritación de los gases de la pólvora.

Oyóse una inesperada y honda explosión que conmovió todos los vagones, como si hubiera estallado una bomba.

—¿Qué es? —preguntó Susan, mientras Carey recargaba su revólver.

—No lo sé. Puede que hayan tirado una carga de dinamita contra algún vagón.

Levantándose volvió a disparar por la ventanilla. El enemigo estaba lejos y no se descubría, oculto tras las grandes rocas que bordeaban la vía férrea.

Cuando Lin vació por segunda vez su revólver cogió el rifle.

—¿Quiere que le recargue el revolver? —preguntó Agatha. Y sonriendo, agregó—: Me gustaría hacerlo. Mientras yo cargo un arma usted puede usar la otra.

—Entonces... tome.

Entregó una caja de cartuchos y el revólver, mientras él disparaba con el rifle, uniendo su fuego al de los demás defensores, aunque en apariencia no obtenía mejores resultados que con el revólver. El enemigo no se dejaba ver y en ello estaba lo más raro del caso, pues contradecía lo que se esperaba.

—¡Lin, han matado a Maxon y a Christie!—anunció una voz detrás de Carey.

Era Quincy Farish, muy cambiado desde su forzada estancia en las sierras, con las gentes de Carey.

—¡Qiuncy! —gritó Agatha.

—Luego hablaremos, hermanita —sonrió el joven. Dirigiéndose a Carey, siguió—: Metieron una bomba en el departamento en que iban

Maxon y Christie y no ha quedado ni rastro de ellos.

—¡Ya se retiran! —dijo Carey—. No les hemos hecho nada... Pero... ¿Qué significa esto?

Señaló los fugitivos bandidos que, de pronto, sin justificación alguna a su reacción, habían cambiado de ruta y regresaban hacia el tren. Dos de ellos se desplomaron de sus monturas, y varios disparos llegaron de la lejanía:

—¡El "Coyote" les ha cortado la retirada!—exclamó Carey—. Tendrán que rendirse... Pero

no les daremos esta oportunidad. Salgamos del tren.

Corrieron fuera de los vagones y su acto fue imitado por los demás hombres de Carey. Las fuerzas de los bandidos y de los defensores del tren eran casi iguales; pero los bandidos de McKenna lo ignoraban e, impresionados por la agresión que sufrieron al intentar huir, perdieron toda moral y dejáronse cazar a mansalva.

Agatha ocultó el rostro entre las manos para no presenciar la matanza, y sólo cuando cesaron las detonaciones y la voz de su padre le dijo que ya no debía temer nada, descubrió sus aterrados ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Todo se arregló, hija mía. Volveremos a Farish City y realizaremos mi ideal de un ferrocarril honrado.

—¿Y Bowee? ¿Qué hará? Es peligroso.

—Desde que yo soy sheriff de Farish City, sólo yo tengo permiso de ser peligroso —dijo el "Coyote" desde la puerta del departamento.

—Pero... él no se rendirá... sin luchar.

—Así lo espero —rió el enmascarado—. Quiero terminar de una vez este asunto y quizá luego tome unas vacaciones. Las estoy necesitando

—¿No se quedará a guardar el orden en Farish? —preguntó Agatha.

—Lin Carey podría hacerlo si usted le dice que sí.

—¿A qué le he de decir que sí? —preguntó Agatha.

—A lo que él le pida.

—No me ha pedido nada.

—Mal hecho. Debe pedírselo usted, Carey.

Lin inclinó la cabeza.

—No creo ser digno de ella —dijo.

—¿Por qué no se lo pregunta? —dijo el coronel Farish.

—¿Está usted conforme? —preguntó, incrédulo, Carey.

—Yo soy la novia, señor Carey —sonrió Agatha—. Nunca me casaré por fuerza y, por lo tanto, el permiso de mi padre viene después del mío. No antes.

—Entonces... Ya está decidido. Nos casaremos dentro de una semana.

—Hay en el tren un viajero que está especializado en bodas rápidas —observó el "Coyote"—. Creo que el padre Facundo tendrá un gran placer casándoles sin pérdida de tiempo. ¿Verdad, padre?

—Verdad, hijo —asintió el padre Facundo—. Creo que estamos todos en peligro de muerte, o por lo menos lo hemos estado. Es un placer unir a dos corazones que se quieren y a cuyo amor nadie se opone.

—¿Y Carlota? —preguntó Agatha—. ¿Qué será de ella?

* * *

A las once de la mañana Carlota Wilcox descendió del coche, ante el Juzgado Municipal de Farish City. Iba con su padre, ajeno a cuanto le rodeaba. En la puerta esperaba Shane Bowee. Estaba pálido, y su nerviosismo despertaba pocos comentarios entre los espectadores.

—El juez nos está esperando, Carlota —dijo, cogiendo de la mano a su prometida.

Entraron en la sala que había servido de tribunal para el juicio contra Tobías Salgado. Había mucha gente y Shane Bowee sintió un escalofrío al descubrir entre el público a Elena Jubera, la esposa de Tobías.

Por primera vez se encontraba solo. Sin ninguno de sus asesinos a sueldo. A todos los había enviado contra el tren, para acabar con sus

asociados. Klippel y Bassinger, que también estaban allí, le miraban hostilmente.

El juez esperaba sentado ante su mesa.

—¿Podemos empezar? —preguntó.

No le gustaba actuar como casamentero. Le llamaban el Juez "Horca" y prefería destruir vidas a juntarlas en matrimonio. Esto, para él, resultaba un reblandecimiento en su carácter implacable.

—Estamos dispuestos —respondió Shane Bowee.

—¿Y los testigos?

Se acercaron los de Bowee. Luego los de Carlota Wilcox.

—Supongo que no hay impedimento alguno para celebrar la boda —refunfuñó el juez—. Si alguien tiene algo que oponer.

—Yo me opongo —dijo el "Coyote", avanzando por el centro de la sala, con un envoltorio debajo del brazo.

El juez se levantó violentamente.

—¿Qué significa esto? —gritó.

Señalándose la perforada estrella, el "Coyote" explicó:

—Soy el sheriff de Farish City. Fui elegido legalmente hace dos noches.

Shane Bowee se humedeció los labios. Por segunda vez se encontraba frente al enmascarado y la muerte aleteaba junto a él.

—¿A qué viene? —preguntó Carlota—. Yo no le he llamado.

—Vengo a decirle que usted no se puede casar con ese hombre, señorita.

—¿Por qué? —preguntó Bowee, esperando, ansiosamente, que alguien atacara al "Coyote" por la espalda; pero al mirar hacia la puerta vio a Agatha Farish, a su padre, a Lin Carey y a Quincy Farish. Al fin comprendió que sus días, o sus segundos, mejor dicho, estaban contados.

—En este libro se explica todo —dijo el "Coyote", golpeando el

envoltorio que llevaba bajo el brazo—. En una de sus páginas están las firmas de Shane Bowee y Susan McGraw. Se trata del certificado de una boda que se celebró ayer entre este hombre y una mujer que se ha presentado en mi oficina a pedirme que impida esta boda. Las pruebas están a su disposición, señor juez.

— ¡Mentira! —gritó Bowee—. Yo no me he casado nunca. Y además Susan McGraw no está aquí. Se fue en el tren.

Sin volverse, el "Coyote" preguntó a los que estaban en la puerta:

—¿Alguno de ustedes la vio en el tren?

—No —contestaron varias voces.

—Si hubieran dicho que sí se habría asombrado usted mucho más, ¿no, Bowee?

—¿Por qué? —tartamudeó el interpelado.

—¿No fue usted quien la asesinó ayer?

—¿Está loco?

—Usted lo estuvo al cometer el crimen. Y especialmente al no destruir las pruebas de su casamiento. Pensó que el fuego le ahorraría el trabajo; pero un buen sheriff entra por una puerta mientras el asesino sale por otra. Llegué a tiempo de salvar el libro, antes de que las llamas lo alcanzaran. Y aquí está para que el señor juez lo examine. Huele a petróleo; pero lo escrito se conserva en perfecto estado. Tome.

Tiró el paquete sobre la mesa y Bowee dio un paso atrás. El olor a petróleo que emanaba del paquete se le antojó olor a sangre.

—Esto es ilegal desde el principio al fin —dijo el juez—. Examinaré estas pruebas...

—No hace falta —dijo Bowee—. He jugado y he perdido.

Llevó la mano derecha al sobaco y en seguida se oyó una ahogada detonación. Un estremecimiento corrió por el cuerpo de Bowee y, muy despacio, fue cayendo de rodillas. Lo último que oyó antes de hundirse en las eternas tinieblas, fue la voz del juez, preguntando:

—¿Qué es esto? Es un libro en blanco...

Una amarga sonrisa teñida de sangre asomó a los labios de Shane Bowee. Demasiado tarde comprendió que había caído en una trampa. No existía tal libro. El que fue firmado por él estaba reducido a cenizas; pero no podía volver atrás y arrancarse la bala que había terminado con su vida.

Una última convulsión agitó su cuerpo, y Carlota Wilcox, abrazándose a su padre, rompió en estridente llanto.

El coronel Farish avanzó hacia su amigo.

—Hola, coronel —dijo.

—Hola —replicó Wilcox, con una fugitiva sonrisa—. ¿Qué le pasa a mi hija? ¿Por qué llora?

—Cosas de mujer. No te preocupes —replicó Farish—. Vamos. Tenemos mucho que hacer. Las cosas van a cambiar en Farish. Se terminaron las costumbres impuestas por Bowee y los otros. Hay que empezar de nuevo con nuevas fuerzas.

—Y como hará falta un buen sheriff, traspaso mi estrella a su yerno, coronel —dijo el "Coyote", entregando la perforada estrella a Lin Carey—. Buena suerte y... que no tenga que volver.

—¿Por qué se marcha ahora? —preguntó Agatha—. Quédese unos días.

—No puedo. Tengo un asunto muy importante. Tengo que perseguir a una fugitiva. Adiós.

Los que estaban en la sala se apartaron para dejar paso al "Coyote". Y los que estaban en la calle le saludaron con vivas y aplausos cuando, montando a caballo, partió a todo galope hacia Paso del Agua.

Antes de llegar al desfiladero reunióse con él otro jinete. Llevaba el rostro cubierto hasta los ojos por un gran pañuelo.

—Hola, papá.

—¿Qué tal, hijo?

—Todo salió bien, ¿verdad?

—Todo salió bien.

—¿Empezaremos pronto otra aventura?

—Por ahora, no. Quiero descansar.

—¿Tú? —César se echó a reír—. No puedo creerlo. Te sería imposible. Además ocurren tantas cosas en California. Aquí siempre haremos falta.

—Quizá nos marchemos a Méjico, muchacho.

—¿Con Lupe?

—Es mi mujer.

—Pero... Después de lo que ha hecho con nosotros...

—A pesar de todo.

—Es una muestra de debilidad.

—Cuando el león bosteza la gente siempre piensa que tiene hambre. Cuando el "Coyote" descansa la gente creerá que se dispone a atacar de nuevo. Y quizá nunca más vuelva a hacerlo.

—¿Eh? No hablas en serio.

—Muy en serio. Confío en que Lupe esté esperándonos en Valle Lorenzo.

* * *

Pero la casa del valle estaba vacía. Los criados explicaron:

—No más llegar la señora se marchó de nuevo.

—¿Dijo adonde iba? —preguntó don César.

—No, patrón.

—Habló de Méjico —explicó una de las criadas.

—¿Dijo que iría allí?

—No. Bueno dijo que tenía ganas de ir a Méjico y que algún día iría para vivir siempre allí.

—Bien, iremos a Méjico —comentó, burlón, el hijo de don César—. Es un lindo país.

—No —replicó don César—. Vamos a Los Angeles.

—¿Por qué?

—Porque antes de marcharnos a Méjico tenemos que arreglar algunos asuntos.

—¡Ahí Ya me extrañaba que nos quedáramos aquí.

Don César movió negativamente la cabeza

—Eres muy joven para comprender ciertas cosas, hijo mío —dijo—. En lo que sucede entre hombre y mujer, los niños siempre equivocan sus juicios.

* * *

Al amanecer del día siguiente reanudaron el viaje hacia el Norte, por la costa, que alcanzaron cerca de San Diego, en cuya misión pasaron la noche. Otra noche la pasaron en la bella y blanca misión de San Luis Rey. Don César viajaba sin prisa, como gozando de cada detalle del paisaje.

—Estamos siguiendo la ruta de los misioneros —explicó a su hijo—. Puede que dentro de unos años los elementos, la incuria y el odio hayan borrado todas las huellas de nuestra raza. Hasta es posible que la historia se falsee; pero esta última conquista española es quizá la menos difícil y la más hermosa de todas. Aquí no suenan nombres de bravos guerreros. Sólo se pronuncia el de fray Junípero Serra. Si yo no fuera tan perezoso para escribir, podría relatar toda su vida en California. He conocido a muchos que lo trataron personalmente; pero aunque hablaban mucho de él, creo que tenían demasiado trabajo para entretenerse en escribir.

La siguiente etapa, antes de Los Angeles, fue San Juan de Capistrano, tan llena de recuerdos de aventuras y dolores.

Dos días más tarde llegaban padre e hijo a la vista del Rancho de San Antonio. Altos árboles, y recios muros carcomidos por la edad.

—Esto es nuestro —dijo don César—. Siempre ha pertenecido a los Echagüe y quiero que nunca deje de ser de ellos.

—¿Cómo iba a dejar de ser nuestro? —preguntó César.

—Podría ocurrir que al fin se demostraba quién es el "Coyote" y el San Antonio pasara a otras manos codiciosas. Lo he defendido encarnizadamente. Ahora voy a disfrutar de él.

—¿Y Lupe?

—Volverá cuando sepa que el "Coyote" ha muerto.

—El "Coyote" no puede morir. No debe morir nunca.

—Pues por lo que a mí se refiere, ha muerto. Si tú quieres resucitarlo no te lo impido.

—Es una locura, papá. Yo no sirvo para eso. Yo puedo hacer otras cosas; pero nunca podré ocupar tu puesto. Lo he intentado en mil ocasiones. Pero me falta lo que tú tienes.

—Pues lo dejaremos muerto... o dormido. Hace muchos años, cuando tu madre descubrió quién era el "Coyote", decidimos los dos dejarlo muerto y enterrado. Luego ella misma quiso que resucitara. Y más tarde, cuando al perderla quise dejar para siempre mi doble personalidad, no pude. Lejos de California me sentía como muerto. Volví. Y conmigo volvió el "Coyote", pero ahora no volverá. Voy a cuidar de mi casa, de mis tierras y de mis hijos.

—Por mí no te preocupes.

—También debo preocuparme. Eres ya un hombre. Pronto querrás independencia. ¿Y quién sabe si hasta me convertirás en abuelo antes de tiempo?

—No hables así, papá. Me angustias. Parece que vayas a morir. ,

—Don César continuará vivo.

Cruzaron el arco de la entrada, bajo un alto sauce cuyas raíces se bañaban en una acequia de riego.

Don César adelantóse hacia la casa. Su hijo, sin saber por qué lo hacía, quedóse rezagado.

La tarde era muy hermosa. Llena de sol y de luz dorada. Por entre los árboles se veía, a lo lejos, a los campesinos cuidando las tierras. Más cerca no se oía a nadie.

Don César sentía un agudo dolor en su corazón. Por primera vez nadie acudiría a recibirle. Antes había sido Leonor, después Guadalupe, la fiel criada, la verdadera dueña de la casa mientras el joven César iba creciendo. Más tarde fue Lupe, la segunda esposa, y ahora... la casa vacía..., pero llena de recuerdos.

No se atrevía a desmontar. Quería ir retrasando el momento de encontrarse solo en la casa.

—¡Papá!

La vocecita llegó por una de las ventanas, atravesando las persianas.

— ¡Leonorín! —gritó don César, saltando del caballo y entrando como una tromba en la casa.

En el salón, junto a la ventana, Guadalupe, de pie, con Leonorín en brazos, sonreía.

—¿Estás aquí? —preguntó don César.

—Habéis tardado mucho —replicó Guadalupe, sin responder a la innecesaria pregunta.

—Me daba miedo enfrentarme con esta casa vacía, sin tu presencia...

—¿Por qué iba a estar vacía?

—Creí... Como dijiste...

—¿Dije algo? —preguntó Lupe.

—Sí. Querías que yo...

—No sigas. Yo no puedo querer de ti otra cosa que aquello que tú mismo desees. Eres mi dueño absoluto. ¿No te habías dado cuenta?

—No sé... He temido perderte para siempre. Mi orgullo...

—Cuando dos orgullos se enfrentan el amor debe decir la última palabra.

—Yo quiero decir la última. El "Coyote" ha muerto para siempre.

Guadalupe se echó a reír.

—¿Para siempre? ¿Cuántos días quiere decir para siempre? ¿O cuántas horas?

—Mientras tú no digas: "Levántate y anda", sí "Coyote" continuará en su tumba.

—Pues quizá lo diga muy pronto. He recibido un mensaje del Presidente Grant. Lo trajo un enviado especial protegido por un regimiento de Caballería. Creí que traían un secreto de Estado y resultó que sólo traían un indulto a nombre de don César de Echagüe por todo lo malo que haya podido hacer en su vida, bajo su personalidad y bajo cualquier otra que temporal o incidentalmente haya asumido, voluntaria o involuntariamente.

—Lo colocaremos en un marco sobre la chimenea.

—Ten en cuenta que con ese indulto puedes actuar como "Coyote" durante dos años más sin miedo a que te suceda nada.

—¿Por qué?

—Porque está fechado en el último día de la actuación del general Grant como Presidente de los Estados Unidos.

—¿Dónde está?

Guadalupe sonrió, comprensiva, ante la súbita ansiedad e interés de su marido. Le llevó al despacho, donde había guardado el indulto y se lo entregó.

—Pues... tienes razón —dijo—. Puedo seguir cometiendo locuras hasta el mil ochocientos setenta y seis.

—Dos años más.

—Pero... si tuviera que utilizar este indulto colocaría al Presidente en una situación apurada.

—Tal vez. Eso es lo que me dice en su carta.

—¿Qué carta?

Lupe se la entregó. Estaba escrita del puño y letra del Presidente. El membrete era de la Casa Blanca.

"Distinguida señora: Adjunto le remito el documento que me pidió. No acabo de comprender su importancia ni para qué puede servirle un indulto a tan decente y honrado caballero como es su marido. Sin duda alguna padece usted un error o lleva demasiado lejos sus inquietudes. Sin embargo, accedo gustoso a su demanda y le remito el indulto redactado de forma que nada pueda ocurrirle a su marido,

aunque se tratase del mismo "Coyote". Ya sé que no es así, y lo lamento, pues me gustaría hacer algo por ese famoso y misterioso enmascarado. Por ello dígale a su marido que si puede ponerse en contacto con el "Coyote" le informe de mis buenos deseos. E indique también a su esposo que si desea aprovechar mi amplio indulto para correr algún riesgo, que procure hacerlo por causas bien claras y en las cuales no quepa posibilidad alguna de confusión. Estoy seguro que él me comprenderá..."

—¿Le entiendes? —preguntó Lupe.

—A él, sí; pero a ti... no sé. He temido tanto que te hubieras marchado.

—¿Qué habrías hecho?

—Seguirte.

—No lo creo. Hubieras esperado. Y tampoco creo que estuvieras seguro de mi marcha.

—Lo temía.

—Habrías ido a Méjico en lugar de venir aquí.

—Pensé que era más fácil reconciliarnos en esta casa que en la de tu abuelo.

—Es verdad. Allí yo habría tenido defensores. Aquí estoy a tu merced,

—¿Lo lamentas?

—Sí. Me gustaría verte humillado. ¡Nunca lo he conseguido! Pero creo que no me gustaría. Como tampoco me gustaría que dejaras de ser el "Coyote".

—Miente usted, señora de Echagüe.

—Sí —murmuró Lupe—. Miento, pero así me parece que mi derrota es menos grave. Si me rindo yo misma...

—No debes rendirte. El "Coyote" ha muerto.

—Nadie lo sabe.

—Es verdad. Tenemos que hacer algo que demuestre a la gente que

el "Coyote" ha muerto. Una aventura más y luego el reposo.

—Creeremos las bellas mentiras —murmuró Lupe—. Es más agradable que creer en las feas realidades.

F l N

[1] Véanse El Coyote y Huracán sobre Monterrey, de esta misma colección.

[2] Véase Secreto roto.

[3] La letra original de Dixie es la siguiente:

I wish, I was in the land of coton,

Old times dar am not forgotten

Look away! Look away! Dixie Land.

In Dixie-Land whar I was born in

Early on one frosty mornin,

Look away! Look away! Look away Dixie Land.

Den I wish, I was in Dixie

Hooray! Hooray! In Dixie Land

I will take muy stand

To lib and die in Dixie;

Away, away, away down South in Dixie

Away, away, away down South in Dixie.

La traducción literal no agregaría ninguna belleza a esta popularísima canción, que fue himno del Sur durante la Guerra de Secesión. La que hemos dado anteriormente, si no correcta, al menos ya indica el sentido de la letra, de la cual existen multitud de versiones, incluso una adaptada por los soldados del Norte para la causa unionista, que no prosperó. Letra y música son originales de William Decatur Emmett. destinadas a un espectáculo negro. Fue un éxito fulminante y se sigue interpretando por las bandas de todo el mundo.

Como anécdota curiosa, puede narrarse la ocurrida cuan do se anunció a Lincoln que el Sur se había rendido y, por tanto, había terminado la Guerra de Secesión. Una banda interpretaba himnos guerreros frente a la casa. El Presidente, aclamado por la multitud, pidió

que se hiciese silencio y, dirigiéndose a los músicos, rogó que interpretasen Dixie, pues "...me gustaría oírla".